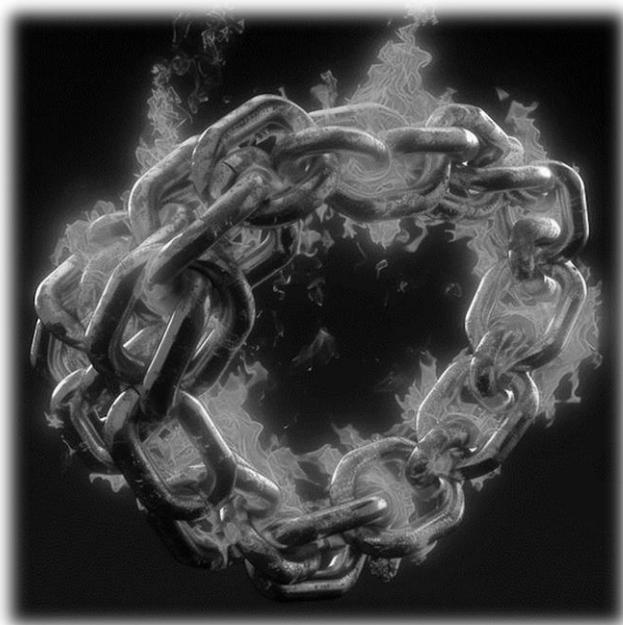


# FALSAS LEALTADES



**Oswaldo Rebolleda**

# FALSAS LEALTADES



**Oswaldo Rebolleda**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Solo revisión ortográfica; **IA**

Diseño de portada: **OR**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
Capítulo uno:	
<b>Falsas lealtades familiares.....</b>	<b>10</b>
Capítulo dos:	
<b>Falsas lealtades financieras.....</b>	<b>24</b>
Capítulo tres:	
<b>Falsas lealtades sin propósito.....</b>	<b>38</b>
Capítulo cuatro:	
<b>Falsas lealtades con la autoridad.....</b>	<b>51</b>
Capítulo cinco:	
<b>Falsas lealtades con las tradiciones.....</b>	<b>65</b>
Capítulo seis:	
<b>Vida espiritual o falsas lealtades.....</b>	<b>77</b>

Capítulo siete:

**Falsas ideas Falsas lealtades.....89**

**Reconocimientos.....104**

**Sobre el autor.....106**



# INTRODUCCIÓN

*“Porque Dios da la sabiduría,  
Y de su boca viene el conocimiento y la inteligencia”.*

Proverbios 2:6

La lealtad es una virtud que se desarrolla en la conciencia; es la devoción de una persona o ciudadano hacia un estado gobernante, una comunidad, una institución, personas o causas determinadas. La lealtad es un principio que consiste, básicamente, en nunca darle la espalda a una persona o grupo social con el que se tiene ciertos lazos.

La lealtad es una virtud que implica el cumplimiento de lo que exigen las normas de fidelidad, honor y gratitud. Es la adhesión y el afecto hacia alguien o un ideal determinado, lo cual puede hacerla buena y necesaria, incluso demandada por el Señor. Sin embargo, el problema surge cuando la lealtad se desvía de Su voluntad, pues pasa de ser algo bueno a convertirse en algo absolutamente malo.

Las falsas lealtades, también conocidas como lealtades invisibles, son compromisos asumidos automáticamente, sin lógica o legítima convicción. Históricamente, esto ha sido practicado por muchos creyentes. Lo expondré con ejemplos bíblicos y señalaré los movimientos históricos de la Iglesia,

así como las consecuencias nefastas de las lealtades incorrectas.

Analizaré en este libro, cómo esas falsas lealtades han afectado la expansión de la vida del Reino. Conocer algunos aspectos de la historia nos permitirá comprender los motivos por los cuales la Iglesia ha tomado su forma actual y los cambios que debemos procurar para manifestar una contundencia espiritual en los últimos tiempos.

Creo que este libro no solo expone motivos espirituales, sino que también nos confronta con la necesidad de no ser personas comprometidas con lo incorrecto. Jesús dijo: “*Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*” (Mateo 22:21). Esta declaración define una clara separación entre el sistema del mundo y el Reino de Dios.

Desde el punto de vista de nuestra fe, existe una dimensión más allá de la terrenal, y si nuestra lealtad entra en conflicto con la lealtad hacia Dios, estaremos en problemas. La prioridad debe ser siempre el Reino de Dios y su justicia (**Mateo 6:33**). Debemos ser radicales respecto a nuestra lealtad, sin confundir el Reino con las estructuras religiosas que los hombres han tratado de imponer.

El tema de las falsas lealtades es delicado, porque afecta directamente los motivos por los cuales actuamos de determinada manera y, en consecuencia, también afectamos nuestro destino. Los resultados de nuestros actos no son fruto del azar. Si deseamos asumir la responsabilidad de nuestra

gestión de la fe, debemos profundizar en este tema tan importante.

Las falsas lealtades son un engaño en el que, lamentablemente, muchos han caído, volviéndose ineficaces para una vida de Reino. Estas lealtades alejan de su propósito a quienes caen en sus trampas. Es muy triste ver a algunos hermanos alineados con personas o sistemas que no tienen nada que ver con el propósito de Dios para sus vidas.

Hay demasiados ministros perdiendo su valioso tiempo al comprometerse con autoridades y sistemas institucionales que solo frenan el avance del Reino. Cuando estos ministros no tienen una visión espiritual clara, permanecen en lugares tóxicos por años, siendo cómplices de sistemas perversos de religión.

Las falsas lealtades suelen ser una manifestación del miedo, la postergación y la ignorancia. Si deseamos quebrar este accionar, debemos exponer los motivos, porque muchos hermanos, por temor, siguen siendo leales a sistemas que no tienen nada que ver con los diseños de Dios.

Hay hermanos que permanecen durante años en congregaciones muertas, ya sea porque sus abuelos o padres congregaron allí, o porque tienen miedo de irse. Estos ya no están conformes y su corazón está contrariado con las autoridades. Sin embargo, continúan aferrados por causa de las falsas lealtades religiosas.

Algunos esperan cambios milagrosos que no ocurrirán y no se dan cuenta de que el sistema religioso los ha atrapado. Continúan leales, pensando que agradan a Dios, pero la verdad es que solo violentan el Reino, porque saben que en ese lugar no están sujetos al gobierno del Espíritu Santo, pero se quedan igual.

La lealtad mal entendida se convierte en una trampa fatal, incluso para aquellos que pretenden ser sinceros. Es a estos honestos hermanos a quienes pretendo alertar con este libro. Puede que en algún aspecto genere incomodidad o dolor, pero eso es lógico; es lo que ocurre con las exhortaciones espirituales frontales. Es tiempo de comprometernos con el Reino de Dios y de armarnos de coraje para implementar los cambios necesarios para los últimos tiempos.

Siempre habrá quienes prefieran ser leales a un sistema que los ignora, los explota y los abusa. Puede que teman ofender a Dios, pero yo les digo que es al revés: lo están ofendiendo al no tomar decisiones radicales contra el sistema religioso que los oprime.

Es tiempo de tomar decisiones radicales, de romper la conexión con todo lo que no contribuye al propósito eterno de Dios. Los hermanos, los ministros ordenados y los líderes de la Iglesia actual deben despojarse de las falsas lealtades que los encadenan al círculo diabólico de la religiosidad y deben levantarse en busca de la libertad. Estoy seguro de que este libro les ayudará a lograrlo.

***“Son muchos los que proclaman su lealtad.  
¿Pero quién puede hallar a alguien digno de confianza?  
Justo es quien lleva una vida sin tacha; ¡dichosos los hijos  
que sigan su ejemplo! Cuando el rey se sienta en el  
tribunal, con su sola mirada barre toda maldad.  
¿Quién puede afirmar: Tengo puro el corazón; estoy  
limpio de pecado? Pesas falsas y medidas engañosas:  
¡vaya pareja que el Señor detesta!”***  
Proverbios 20:6 al 10 NVI



# Capítulo uno

## FALSAS LEALTADES FAMILIARES

*“Un día el Señor dijo a Abram: Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre, para ir a la tierra que yo te mostraré. Con tus descendientes formaré una gran nación; te bendeciré y te haré famoso, y serás una bendición para otros. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan; por medio de ti bendeciré a todas las familias del mundo.”*

Génesis 12:1 al 3 DHH

Este pasaje, tan conocido por todos, nos muestra el momento en el cual el Señor, comenzó a tratar con un hombre a través del cual surgiría la nación de Israel y la plataforma genética para el nacimiento o encarnación de Su Hijo amado. La primera gran prueba que tuvo que superar el patriarca fue dejar atrás su vida en la ciudad de Ur y viajar a una tierra desconocida, pero prometida por Dios.

Para entender mejor lo que significó para él, calcular el costo de su decisión (**Lucas 14:28**) y el sacrificio de

dejarlo todo, veamos lo que los arqueólogos han descubierto respecto a la ciudad de Ur, y por qué fue necesario que Dios sacara a Abraham del sistema babilónico, religioso e idólatra en el que vivía.

***“Y Josué dijo a todo el pueblo: Así dice el Señor, Dios de Israel: Al otro lado del río habitaban antiguamente vuestros padres, es decir, Taré, padre de Abraham y de Nacor, y servían a otros dioses”.***

Josué 24:2 (LBLA)

Ur fue una de las primeras ciudades edificadas por el hombre. Los arqueólogos la identifican desde antes del diluvio universal y dicen que fue reconstruida, convirtiéndose en uno de los grandes centros políticos, comerciales y culturales de esa época. Sus hallazgos la muestran como una ciudad más avanzada que la misma Babilonia.

Los historiadores afirman que, en la época de Taré, los hombres vivían en casas con muros de ladrillo en la parte inferior, y que contenían varios cuartos alrededor de un patio central pavimentado que proporcionaba luz y aire a la casa. De ser así, no deberíamos imaginar a la familia de Abraham viviendo en tiendas de cuero y madera. Estos historiadores consideran que deberíamos modificar considerablemente nuestras ideas sobre la infancia de Abraham al revelarse el medio tan refinado en que transcurrieron sus primeros años de vida.

Por otra parte, la vida religiosa de Ur era extrema y perversa. Tenían templos y torres donde desarrollaban sistemas de sacrificios, no solo de animales, sino también de seres humanos. Esto implicaría que Abraham, no solo tuvo que romper con la cómoda vida en una sociedad avanzada para su época, sino también con un patrón de creencias sociales y familiares muy fuertes. Si hubiera sido un hombre de conservar falsas lealtades, nunca hubiera sido el padre de la fe.

***“Si alguno viene a mí y no me ama más que a su padre, a su madre, a su esposa, a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aun más que a sí mismo, no puede ser mi discípulo”.***

Lucas 14:26 DHH

Hoy en día, cuando alguien se convierte al cristianismo en países de cultura religiosa muy fuerte, como Siria, Pakistán, Argelia, Indonesia, Irán, Bangladés, Somalia, Yemen, Nigeria, Afganistán, Sudán y otros países musulmanes, enfrenta tremenda oposición y un gran desafío. No solo pueden ser perseguidos o encarcelados, sino que además son rechazados por su entorno y su familia. Esto es muy difícil de sobrellevar, y existen tremendos testimonios de fe de aquellos que deciden no sostener falsas lealtades.

En Latinoamérica y en algunos países de Europa también se viven presiones familiares por parte de quienes practican el catolicismo romano. Ya no hay persecuciones del gobierno, ni torturas, ni muerte, como ocurrió después de

la gran Reforma y en otros momentos históricos, pero sin duda las familias ejercen gran presión y, en algunos casos, grandes desprecios.

Es importante que veamos esto, porque, aunque en menor medida, lo que le ocurrió a Abraham es lo mismo que nos ocurre a todos los escogidos. Fuimos llamados a salir del sistema cultural del mundo que nos rodea, y eso incluye las presiones familiares. Abraham tuvo que hacerlo de manera literal; nosotros, al recibir la gracia de la regeneración, debemos dejar atrás el amor al mundo y no ser ahogados por las tradiciones familiares.

Hay muchos motivos por los cuales las personas suelen sostener lealtades familiares. En el libro de Jeremías, capítulo 35, encontramos el relato de un grupo de israelitas descendientes de Recab, de quien reciben el nombre de recabitas. Este era un grupo nómada que se encontraba en las cercanías de Jerusalén. Al ser esta ciudad sitiada por los babilonios, decidieron refugiarse en ella.

Mientras se encontraban allí, el profeta Jeremías recibió la instrucción de Dios de buscar a los recabitas y llevarlos al templo, donde debía invitarles vino. La respuesta que recibió de ellos fue una rotunda negativa, puesto que habían recibido la instrucción de Jonadab, hijo de Recab, de no beber vino, ni edificar casas, sembrar o retener algo para sí. En realidad, no había motivos por los cuales debían actuar así, excepto que se le ocurrió a Jonadab, y desde entonces

toda la familia acató tal decisión, aun aquellos descendientes que ni lo conocieron.

Es cierto que el ejemplo de los recabitas es utilizado por Dios para amonestar al reino de Judá, que se había alejado del Señor siendo desobediente y adorando a dioses paganos, contrastando su desobediencia con la obediencia y fidelidad que mostraron los recabitas a la instrucción de su ancestro. Sin embargo, en esa historia vemos un caso de falsa lealtad que afectó a diferentes generaciones.

Cuando ejercíamos el pastorado con mi esposa, recuerdo que comenzó a asistir a las reuniones un matrimonio muy entusiasta por conocer más de Jesús. Sin embargo, cada vez que me escuchaban predicar contra la idolatría y los patrones religiosos del catolicismo romano, se sentían ofendidos, se levantaban y se iban.

Tratamos de explicarles bíblicamente lo que era ajeno a la voluntad de Dios, pero ellos decían que sus familiares eran católicos, que sus padres y abuelos lo habían sido, y que yo los ofendía al señalar la idolatría. Recuerdo haberles enseñado este contundente salmo, pero tristemente nada los hizo cambiar de opinión:

***“Nuestro Dios está en los cielos;  
Todo lo que quiso ha hecho.  
Los ídolos de ellos son plata y oro,  
Obra de manos de hombres.  
Tienen boca, mas no hablan;***

*Tienen ojos, mas no ven;  
Orejas tienen, mas no oyen;  
Tienen narices, mas no huelen;  
Manos tienen, mas no palpan;  
Tienen pies, mas no andan;  
No hablan con su garganta.  
Semejantes a ellos son los que los hacen,  
Y cualquiera que confía en ellos”.*  
Salmo 115:3 al 8

Lamentablemente, nuestros amigos y familiares que practican el catolicismo han sido adoctrinados para creer que el uso de estatuas, reliquias y otros artículos es aceptable y necesario para celebrar cultos. Aunque dicen no adorar estas imágenes, los actos que podemos observar son indiscutibles.

Todos sabemos que las autoridades de la Iglesia católica procuraron, por todos los medios, impedir la interpretación bíblica a la gente considerada como laicos. De hecho, esa fue la gran batalla de la Reforma protestante. La interpretación a manos de las autoridades romanas generó incluso la modificación de algunos pasajes bíblicos.

Cuando comenzaron a realizar concesiones para el uso idolátrico de imágenes y reliquias, combinaron el primer y segundo mandamientos, resumiéndolos oportunamente: ***“Yo soy el Señor tu Dios. No tendrás otros dioses delante de mí”***. Curiosamente, quedó fuera de sus Biblias lo que comprende el segundo mandamiento en la numeración protestante de los Diez Mandamientos, donde dice: ***“No te harás imagen, ni***

*ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra”* (Éxodo 20:4).

Es claro que atribuir el mandamiento de *“No te harás imagen”* como un aspecto de *“No tendrás otros dioses delante de mí”*, basado en la historia de la idolatría pagana que vemos en las Escrituras, puede parecer un enfoque válido. Sin embargo, la omisión parece especialmente sospechosa y perversa a la luz del hecho de que la Iglesia católica ha sido acusada durante mucho tiempo de fomentar la idolatría.

No hay duda de que el uso de imágenes físicas para incentivar la fe, viola el mandato de adorar a Dios en espíritu y en verdad (**Juan 4:23 y 24**). Además, nadie debería fabricar un ídolo de piedra, metal o madera y mucho menos adorarlo, ya que la Palabra dice claramente que: *“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”* (Juan 1:18).

Incluso, la falta de una descripción física real de Jesucristo no ha detenido a la Iglesia católica de representarlo de incontables formas, muchas de las cuales rayan con el mal gusto y son una verdadera ofensa al Señor.

En todo el mundo hay catedrales, capillas, conventos o monasterios cargados de imágenes del Padre, de Jesús, del Espíritu Santo, de incontables vírgenes y miles de santos canonizados. Incentivados por las autoridades, la gente los

toca, les pide, los adora y aún compra réplicas de esas imágenes para realizar altares en sus casas.

Las muchas reliquias conservadas en el mundo generan movimientos turísticos multitudinarios. El santo Sudario de Turín, la columna de la flagelación de Jesús, la madera de la cuna de Jesús, el relicario de los Reyes Magos, el relicario de la túnica de la Virgen, el cáliz de la última cena, la corona de espinas, fragmentos de la cruz, la cabeza y el dedo de Santa Catalina, el corazón de Don Orione, la cabeza de Juan Bautista e incluso el cadáver de muchos santos son utilizados para la devoción.

Todos estos objetos son considerados sagrados y dignos de alta estima. La idolatría es rampante y bastante obvia para los no católicos, pero los católicos no creen que estén cometiendo idolatría. Han sido ingeniosamente enseñados para creer que no adoran a estos ídolos y objetos. Ellos creen que simplemente los veneran y que no hay nada malo en eso. El problema es que la veneración aún rinde honor y exagerada reverencia a imágenes y objetos que no son Dios, lo que claramente es idolatría.

Personalmente, no juzgo a quienes están cegados por la idolatría, porque provengo de una cultura católica y, si bien mi familia no era fervientemente practicante del catolicismo, creíamos en todo eso y pensábamos que estaba bien. No fue sino hasta la revelación del evangelio y la gracia que nos alcanzó que pudimos comprender lo malo que era todo eso a los ojos del Señor.

La religión supuestamente oficial de mi país es el catolicismo; por eso veo en todas las ciudades, en las plazas, en las rutas, incontables altares idolátricos y conozco a muchas personas a las que estimo mucho y sé que están atrapados en esas creencias. Por tal motivo, no juzgo a las personas, pero debo predicar la verdad.

Es lamentable que gente linda, como este matrimonio que un tiempo congregó con nosotros, termine apartada del Señor por una falsa lealtad a las creencias de sus familiares. Hay mucha gente que, al igual que ellos, cree que les falta el respeto a sus seres queridos si identifican como diabólico aquello que ellos adoran.

La verdad del evangelio implica tomar decisiones radicales. No podemos ser fieles a Dios y leales a las tradiciones familiares o sociales que nos rodean. El patriarca Abram tuvo que salirse de su tierra y de su parentela porque la única manera de caminar en el propósito divino era rompiendo con las falsas lealtades con la sociedad, la idolatría y su propia familia.

***“Subió, pues, Abram de Egipto hacia el Néguev, él y su mujer, con todo lo que tenía, y con él Lot”.***

Génesis 13:1

La orden de Dios para Abraham había sido que dejara su tierra y su parentela, pero él se llevó a su sobrino Lot. La Biblia no aclara cómo se produjo esa decisión, pero supongo que al momento en que Abraham declaró a su familia la

intención de irse a una tierra desconocida, su sobrino le habrá pedido que lo llevara con él.

El Señor fue claro con Abraham respecto de abandonar a sus parientes, pero aquí sí vemos claramente una falsa lealtad. Seguramente el patriarca habría negado a cualquier persona que lo siguiera, pero como Lot era su sobrino, se vio en el compromiso de llevarlo con él. Estemos claros con esto: no se puede ser leal a un mandato de Dios y al mismo tiempo tomar decisiones apelando a la voluntad permisiva de Dios para satisfacer deseos ajenos o demandas familiares.

***“También Lot, que andaba con Abram, tenía ovejas, vacas y tiendas. Y la tierra no era suficiente para que habitasen juntos, pues sus posesiones eran muchas, y no podían morar en un mismo lugar. Y hubo contienda entre los pastores del ganado de Abram y los pastores del ganado de Lot; y el cananeo y el ferezeo habitaban entonces en la tierra. Entonces Abram dijo a Lot: No haya ahora altercado entre nosotros dos, entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos”.***

Génesis 13:5 al 8

Paradójicamente, fue la palabra soltada por Dios y sus soberanas intenciones las que dieron origen a la situación que condujo a la contienda entre parientes. Rodeados de vecinos hostiles, los pastores de Abram y los de Lot tendrían que haber trabajado juntos; sin embargo, permitieron que la envidia y los conflictos los terminaran separando.

Al enfrentar la posibilidad de una separación con su sobrino, Abraham tomó la iniciativa de resolver la disputa permitiéndole a Lot elegir primero qué territorio quería quedarse, aun cuando Abraham, siendo el mayor, podría haber ejercido ese derecho (**Génesis 13:9**).

En esa época, la llanura del Jordán era tan fértil que Lot pensó que había llegado al huerto del Edén y, sin importarle las promesas de una tierra prometida, determinó quedarse en el territorio cercano a Sodoma, una ciudad conocida por su pecado (**Génesis 13:10 y 11**). Notemos que en el caso de Lot, no expresó ninguna lealtad para con su tío. Simplemente pensó en sus intereses personales y escogió la mejor tierra.

Esto también es muy curioso y aleccionador, porque en esta sociedad egoísta en la que vivimos, son pocos los que, por causa de lealtades, determinan perderse de alguna ganancia. Generalmente, a nadie le importa mucho lo que piensen los demás o la pérdida que pueden producir algunas decisiones, incluso cuando se trata de familiares. Cuando de intereses se trata; cada quien va por lo suyo, por lo cual, si hay una lealtad, es falsa e interesada. Recordemos la parábola del mayordomo infiel (**Lucas 16:1 al 13**).

Sin embargo, los cristianos, sin tanta astucia y pensando en honrar a Dios, podemos tomar decisiones que nos impliquen una determinada pérdida. Esto es muy bueno, porque nos hace diferentes y muestra al mundo nuestro corazón reformado. Recordemos que nuestro Maestro nos

enseñó: *“Al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa...”* (Mateo 5:40).

Tal como lo que hizo Abraham, esto parece injusto, pero es un principio del Reino: las ganancias no son nuestra prioridad, sino la perfecta voluntad del Padre. Si somos leales a sus dichos, y no actuamos con egoísmo con tal de honrarlo, puede que en ocasiones perdamos algo, pero al final estamos siendo leales a Él y no a la avaricia de algunas personas.

Perder para ganar en Dios nos deja muy cerca de sucumbir a falsas lealtades. No estoy proponiendo entregar nuestras bendiciones por falsas lealtades a nuestra familia; estoy haciendo hincapié en buscar primeramente la voluntad de Dios y luego avanzar sin estimar aparentes resultados. Cuando hacemos la voluntad de Dios, nunca perdemos.

En una ocasión, un hermano me pidió un consejo porque unos familiares pretendían arrebatarle la herencia de su padre, y él no quería discutir con ellos por ser familia, por lo cual, estaba dispuesto a renunciar a su parte con tal de no dar mal testimonio como cristiano.

Yo le expliqué que reclamar sus legítimos derechos no era generar pleitos por avaricia. Si su padre le dejó una herencia, sus propios hijos no merecían que él la despreciara dejándosela a quienes no les correspondía. Justamente, hacer eso es caer en falsas lealtades con codiciosos manipuladores, aunque estos puedan ser familiares.

Lo que debemos hacer en todo caso es ir primeramente por la voluntad de Dios. Ser leales a Su voluntad no es ser tontos y perder por perder. Hay ocasiones en las que ciertos pleitos no valen la pena y hay otras batallas que obedecen a la fe y no podemos evitarlas.

Abraham estaba viendo la situación a la manera de Dios, y no como ven los hombres. Notemos que Lot significa “velo”, y cuando Abraham negoció la separación, se estaba quitando el velo de encima, lo cual era más importante que el valle fértil de Sodoma. Hay decisiones que pueden ser difíciles, pero tomarlas nos despeja la visión y solo entonces podemos avanzar.

La cultura general que nos rodea, la sociedad, la religión y la familia pueden ser el caldo de cultivo para las falsas lealtades. Si deseamos una vida sujeta al Reino de Dios y su justicia, debemos ser radicalmente sabios en nuestras decisiones. Abraham se convirtió en el padre de la fe porque le creyó a Dios y caminó conforme a Su voluntad.

Ciertamente, el patriarca no fue perfecto. Cometió algunos errores, pero con el tiempo los corrigió y pudo consumir su propósito. Dios no espera que nosotros seamos perfectos en todo, pero sí que tengamos la suficiente humildad para aprender, corregir el rumbo y avanzar conforme a Su perfecta voluntad.

***“Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin***

***saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”.***

Hebreos 11:8 al 10



## Capítulo dos

# FALSAS LEALTADES FINANCIERAS

*“Y les dijo: Veo que el semblante de vuestro padre no es para conmigo como era antes; mas el Dios de mi padre ha estado conmigo. Vosotras sabéis que con todas mis fuerzas he servido a vuestro padre; y vuestro padre me ha engañado, y me ha cambiado el salario diez veces; pero Dios no le ha permitido que me hiciese mal.*

Génesis 31:5 al 7

Todos sabemos que la vida de Jacob comenzó con dificultades y siempre fue así. Siendo un gemelo en el útero con Esaú, batallaba por una posición y nació agarrando el talón de su hermano. El nombre de Jacob se traduce como “suplantador” (**Génesis 25:26**). Cuando su madre Rebeca le preguntó a Dios durante su embarazo lo que le estaba ocurriendo, Dios le dijo que dentro de ella había dos naciones que se dividirían. Un pueblo sería más fuerte que el otro, y el mayor serviría al menor (**Génesis 25:23**).

Esaú se convirtió en un excelente cazador y le encantaba estar en el campo, mientras que Jacob prefería

quedarse en su tienda (**Génesis 25:27**). Esaú, siendo un cazador, era el favorito de su padre, quien comía de la caza que Esaú traía, mientras que Rebeca amaba a Jacob (**Génesis 25:28**). Este favoritismo destructivo seguiría a la familia en la siguiente generación.

Cuando Isaac envejeció y sus ojos se oscurecieron, pensó que estaba cerca de su muerte e hizo arreglos con Esaú para impartirle las bendiciones, ya que él era el primogénito (**Génesis 27:1 al 4**). Al oír esto, Rebeca concibió un plan para engañar a Isaac y que bendijera a Jacob en lugar de a Esaú. Así, Jacob recibió la bendición de su padre, por lo cual Esaú, juró que mataría a su hermano (**Génesis 27:41**).

Para salvar la vida de Jacob, sus padres lo enviaron a la tierra de su tío Labán, quien vivía en su hogar ancestral de Harán (**Génesis 27:43**). Durante el viaje de Jacob, tuvo un sueño en el que veía una escalera que llegaba al cielo, y ángeles de Dios subían y bajaban por ella. Dios reiteró la promesa que había hecho a su abuelo Abraham (**Génesis 28:13 al 15**).

Jacob conoció a Raquel y se enamoró perdidamente de ella, por lo que le ofreció a Labán trabajar durante siete años a cambio de su hija. Sin embargo, Jacob descubrió que su tío Labán podía ser tan engañoso como él mismo había sido. En la noche de bodas, Labán sustituyó a Raquel por su hija mayor llamada Lea (**Génesis 29:23 al 25**). Descubierta su artimaña, Labán acordó entregar a su hija Raquel, siempre y cuando terminara la semana de bodas con Lea antes de tomar

a Raquel como esposa, y luego debía trabajar otros siete años para él. Jacob no tuvo muchas opciones y, al final, hizo un acuerdo con Labán. Así comenzó su lealtad hacia un hombre abusivo, que durante muchos años no hizo más que aprovecharse del trabajo de Jacob.

Para recibir una enseñanza, podríamos decir que Labán representa al sistema, no pretendiendo forzar una interpretación, porque ciertamente Labán fue el empleador de Jacob y usó muchas artimañas para obtener ganancias. Eso es lo que ocurre con el sistema laboral actual. Es insensible y perverso, porque busca beneficiarse de la gente sin importarles el bienestar o el valor de lo que es justo.

Entendemos lo que deseaba Jacob: prosperar y tener una gran familia, pero la esposa que amaba no le daba hijos porque era estéril; solo Lea y las criadas comenzaron a procrear. Jacob trabajaba de sol a sol tratando de obtener recursos y armándose de su propio ganado, pero todo le resultaba muy difícil.

Hoy en día, el sistema laboral también es muy opresivo, y eso es algo que nosotros, los hijos de Dios, no podemos cambiar de manera definitiva, pero sí podemos ser libres de tal opresión. El sistema no está interesado en el desarrollo de nuestras vidas, sino en el provecho que pueden obtener.

Esto hace que el sistema laboral ofrezca ganancias a cambio de mano de obra, y la necesidad de la gente hace que

la mayoría termine trabajando en lo que no les gusta, haciendo aquello para lo que no fueron creados. Esto es normal para cualquier persona, pero nosotros, los hijos de Dios, aprendemos que podemos ser liberados del sistema, saliendo en busca de lo que contribuya a nuestro propósito en Cristo.

Si prestamos atención, veremos que las personas, cuando no pueden concluir una carrera que les guste y vivir de ella, terminan buscando trabajo de lo que sea; lo importante pasa a ser la paga. Todo tiene su precio, y las personas terminan renunciando a lo que les gusta, para hacer lo que no les gusta a cambio de dinero.

Esto nos parece absolutamente normal, pero es muy opresivo porque condena a muchas personas de por vida a realizar trabajos que aborrecen a cambio de dinero. Lo peor es que el dinero que reciben no les alcanza para la vida de sus sueños, por lo tanto, son atrapadas por el sistema, que les succionará las fuerzas, la salud, el tiempo y los deseos a cambio de productividad.

El sistema utiliza la necesidad y rápidamente logra falsas lealtades. Las personas pueden llegar a trabajar realizando tareas que no les gustan durante muchos años. Son leales a empresas que, de viejos, solo les darán el retiro jubilatorio y, en el mejor de los casos, algún presente reconociendo los muchos años de servicio.

Algunos se retiran viejos, cansados y enfermos, pero orgullosos de haber sido leales a la empresa que les dio trabajo, como si el empleo fuera un precioso regalo. Y es verdad que, en algunos casos, las empresas son nobles y cuidan a sus trabajadores. Si a esto le sumamos un trabajo agradable, hay mucho por agradecer, pero en la mayoría de los casos no es así.

Cuando somos leales por causa de una paga, recibida por un trabajo que realizamos correctamente, solo sostenemos falsas lealtades. A Jacob no le importaba Labán ni su ganado; le importaba Raquel y la posibilidad de obtener un rebaño propio. Sin embargo, se mantuvo leal a su suegro durante veinte años. El Señor le había dicho en Betel:

***“Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente. He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho”.***

Génesis 28:13 al 15

La bendición estaba sobre Jacob, y las palabras de Dios fueron de gran augurio, pero Jacob solo produjo con el sudor de su frente lo que fue perdiendo al volver a su tierra. El

sistema de Labán lo retuvo durante veinte años, hasta que Jacob, dirigido por Dios, se atrevió a romper su falsa lealtad.

De alguna manera, ya había comenzado a romperla cuando le reveló a Labán su intención de dejar su servicio y llevarse a su familia para establecer su propio hogar. Labán, reconociendo que había sido bendecido gracias a la presencia y el arduo trabajo de Jacob, pero se mostró reacio a dejarlo ir. De hecho, le pidió a Jacob que determinara su propio salario para que pudiera quedarse (**Génesis 30:27 y 28**).

Jacob tomó la iniciativa y le propuso un acuerdo único: seguir cuidando los rebaños de Labán, pero aceptando como paga todas las ovejas y cabras que nacieran moteadas, manchadas y de color oscuro. Esta propuesta parecía favorecer a Labán, ya que estos animales eran menos comunes que los de color sólido, típicamente más deseables (**Génesis 30:31 y 32**).

Labán aceptó con entusiasmo este acuerdo, probablemente pensando que había asegurado un trato favorable. Sin embargo, Jacob empleó una estrategia de cría selectiva que finalmente lo llevó a la prosperidad. Tomó ramas recién cortadas de álamos, almendros y plátanos, les quitó la corteza para crear rayas blancas en ellas, y las colocó en los abrevaderos donde los rebaños bebían y se apareaban.

Bajo una influencia sobrenatural, la vista de las ramas rayadas aparentemente influyó en el proceso de las crías, resultando en un mayor número de animales moteados,

manchados y de color oscuro. Estos animales se convirtieron en el salario de Jacob, según lo acordado, lo cual fue un golpe para Labán.

***“De esta manera, el hombre se hizo sumamente próspero y llegó a tener grandes rebaños, y siervos y siervas, y camellos y asnos”.***

Génesis 30:43

A Dios no le agrada cuando el sistema nos abusa y nos limita, porque Él no nos creó para eso, sino para manifestar Su gloria. Cuando los hebreos estuvieron cautivos en Egipto por más de cuatrocientos años como esclavos, fueron liberados por el Señor, no solo para llevarlos a una tierra de bendición, sino que, antes de salir, hizo que los hebreos despojaran a los egipcios de todo el oro que tenían.

Cuando llegamos al Señor y estamos determinados a servirle a Él, cuando le damos el primer lugar, Él romperá nuestras falsas lealtades con el sistema. Dios no solo nos libera del pecado y la condenación eterna, sino que también procurará liberarnos financieramente. Por supuesto, hay casos y casos, pero el deseo de Dios es meternos en Su propósito, y si alguien está atrapado por el sistema, lo libertará.

Bueno, lo hará siempre y cuando sus hijos acepten eso, porque conozco muchos casos de hermanos atrapados por el sistema, que trabajan en lo que no les gusta y que sostienen falsas lealtades a cambio de un magro salario, pero aun así,

no aceptan que se les hable de finanzas, ni aceptan los desafíos de fe para soltarse del sistema.

Lo primero que Dios procurará es que reconozcamos nuestros talentos y capacidades, luego nos enseñará la importancia de gobernar finanzas, porque si las finanzas nos gobiernan a nosotros, es imposible romper con falsas lealtades para prosperar. Jesús enseñó:

***“Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas”.***

Mateo 6:24

Cuando un hijo de Dios sostiene una lealtad con el sistema financiero y no descubre que en realidad es una falsa lealtad que debe ser rota, puede quedar atrapado durante muchos años, y algunos hasta el final de sus días. Es muy triste, pero es así.

Algunos de estos hermanos se sienten muy incómodos cuando se toca en la Iglesia el tema financiero, pero en realidad es porque se sienten descubiertos en sus lealtades al dinero. Ellos dirán que no les interesa el dinero o las cosas materiales, acusarán a sus líderes de manipular situaciones para recaudar, dirán que el tema financiero es poco espiritual o que solo alimenta vanidades, pero, en realidad, quienes piensan así son los más avaros y leales al dinero.

Pablo escribió a Timoteo que la raíz de todos los males es el amor al dinero (**1 Timoteo 6:10**), y muchos interpretan que el dinero es la raíz de todos los males, pero Pablo no enseñó eso, la Biblia dice que el dinero sirve para todo (**Eclesiastés 10:19**). El problema no es el dinero, sino el amor por el dinero. Esto es así porque amar al dinero es una pésima conexión.

El amor genera lealtad, y si alguien es leal al dinero, no será leal a Dios. El dinero debe ser nuestro servidor, no aquello por lo que servimos al sistema. El dinero está para darnos lo que necesitamos, no para que le demos nuestro tiempo, nuestra salud, nuestro bienestar y nuestra vida. Si vamos a ser buenos mayordomos, si demostramos a Dios que en verdad Él es nuestro Señor y no el dinero, Dios nos libertará completamente de las falsas lealtades financieras.

En **Marcos 10:17 al 31** encontramos la parábola del joven rico, que habla sobre un joven que buscaba la vida eterna y le preguntó a Jesús cómo lograrla. Jesús le aconsejó que vendiera sus bienes, diera el dinero a los pobres y lo siguiera. El joven se turbó en gran manera porque era muy rico, y como no estaba dispuesto a hacerlo, se fue con tristeza.

La parábola destaca las falsas lealtades que produce el dinero. Jesús no tenía problemas con la riqueza del joven, sino con la atadura que le estaba generando. Esta dificultad la padecen todos los que se aferran a sus posesiones, sean muchas o sean pocas; incluso aquellos que tienen un salario fijo y tienen miedo de perderlo. Jesús enfatizó la importancia

de estar dispuestos a desprendernos de todo lo que pueda entorpecernos el caminar en el propósito de Dios.

No se necesita ser rico para estar ante un problema de falsas lealtades. Hay muchos hermanos que saben que Dios tiene algo más para sus vidas, pero tienen miedo de soltarse de aquello que consideran una seguridad. En el Reino, nuestra seguridad debe ser Cristo y Él no aceptará que nos aferremos a cosas materiales.

Prosperar en el Reino es mucho más espiritual de lo que muchos piensan. Ser esclavos de un sistema opresor que nos amenaza y nos abusa, manteniéndonos con lo justo, es algo que Dios aborrece. El problema es que la cultura del pensamiento social nos enseña a estudiar para ejercer una carrera a elección; y en caso de no poder hacerlo, nos dice que debemos tratar de encontrar un trabajo fijo que nos asegure el futuro.

El problema de los trabajos fijos es que Dios no puede llevarnos de gloria en gloria. No puede desafiarnos en la fe para que prosperemos mediante emprendimientos basados en ideas divinas. Si no estamos dispuestos a soltarnos de un trabajo fijo, el cual supuestamente nos da seguridad futura, no podemos avanzar en la fe. Lo que deberíamos preguntarnos es si nuestra seguridad está en ese trabajo o en las directivas de nuestro Señor.

A pesar de los intentos de Labán de explotar a Jacob, Dios se aseguró, de manera providencial, de que Jacob

lograra prosperar. Esto es consistente con la promesa mencionada anteriormente: ***“Yo estoy contigo y te protegeré por dondequiera que vayas, y te haré volver a esta tierra. No te dejaré hasta que haya hecho lo que te he prometido”*** (Génesis 28:15).

El éxito de Jacob no fue el resultado de su astucia, sino del cumplimiento de la promesa y la bendición de Dios. Dios es justo y procurará que el sistema nos retribuya o restituya lo que nos haya quitado antes de conocerle a Él.

La historia del acuerdo entre Jacob y Labán puede verse como un reflejo de la soberanía de Dios y las formas misteriosas en que Él trabaja. El éxito de Jacob con los rebaños puede parecer inusual e incluso milagroso, pero sirve para demostrar que los planes y propósitos de Dios a menudo se desarrollan de maneras que están más allá de la comprensión humana.

El acuerdo entre Jacob y Labán también proporciona una visión del carácter y el crecimiento del propio Jacob. Anteriormente en su vida, Jacob había sido conocido por sus acciones engañosas, por eso cultivó fácilmente falsas lealtades. Sin embargo, en sus tratos con Labán, vemos a un Jacob más maduro y estratégico, que comenzó a confiar en la guía y la bendición de Dios.

El verdadero deseo de Jacob de formar y proveer para su familia, lo impulsó a buscar la bendición, dejando de intentar hacerlo todo con sus propias fuerzas. Esto no le

resultó fácil; por eso vivió procesos de pérdida y, en su soledad, terminó peleando con Dios en Peniel.

Muchos hermanos son como Jacob, hacen todo con sus propias fuerzas. Cuando Dios pretende ayudarlos, no se atreven a romper las lealtades con el sistema y, sin quererlo, terminan peleando con Dios. Jacob fue golpeado por el Ángel del Señor en el encaje de su muslo y quedó rengo para toda la vida (**Génesis 32:25**). Hay hermanos que no comprenden el trato de Dios, y en lugar de avanzar en la fe, se atrincheran en las débiles seguridades que les propone el mundo.

***“Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices. Y el varón le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob. Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel...”***

Génesis 32:26 al 28

En primer lugar, podríamos preguntarnos: ¿contra quién luchó y con quién habló Jacob? Según la versión bíblica Reina Valera, dice que Jacob luchó con un **“Varón”**. Sin embargo, en **Oseas 12:4**, dice que luchó con un **“Ángel”**. Pero luego el mismo Jacob dijo que luchó con Dios, por eso llamó al lugar Peniel, porque dijo: **“Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi vida”** (Génesis 32:30).

Para aclarar esto, diría que Jacob luchó contra Dios, pero en forma de hombre y, como un Ángel, trajo un mensaje de Dios para cambiar el nombre y el carácter de Jacob. Es

decir, creo que esta manifestación tan especial no pudo ser más que una epifanía de Cristo.

En segundo lugar, no estamos seguros de qué sucedió exactamente. La palabra que se usa para **“luchar”** es un verbo un tanto misterioso en el hebreo bíblico, y solo aparece dos veces en la Biblia. Su raíz está relacionada con partículas de polvo, lo que podría significar algo así como revolcarse en el polvo.

Pero cuando Oseas dice que Jacob luchó con un ángel, usa una palabra hebrea diferente. En este caso, se trata de una palabra que significa **“prevalecer”** o **“tener poder como un príncipe”**. Entonces, se podría decir que, en **Génesis 32:24 y 25**, el Señor vino a Jacob para revolcarse en el polvo con él. Luego, le dio un nuevo nombre y carácter, como alguien de poder e influencia prevaleciente con Dios. ¿Acaso no encontramos la relación profética con el Cristo encarnado luchando para darnos redención?

Debido a los diferentes verbos utilizados en Génesis y Oseas, que describen el encuentro de Jacob, existen diversas interpretaciones del significado del nombre Israel. Probablemente esto también se deba a que el idioma inglés no tiene verbos comparables. Algunos eruditos dicen que Israel significa “Aquel que lucha o se debate con Dios”. Otros dicen que es “Aquel que se esfuerza o prevalece con Dios”. Y otros dicen que es **“Príncipe de Dios”**.

En realidad, podríamos decir que todos estos conceptos encajan perfectamente dentro de la experiencia de Jacob. Nuestro limitado idioma tal vez no logra describir de manera precisa el hebreo bíblico, pero una cosa es cierta y segura: Jacob ya no fue el embustero, porque pudo romper con las falsas lealtades y pasó a ser un hombre nuevo en busca de la verdadera bendición.

Las falsas lealtades nos dejan fuera de la prosperidad en el Reino, porque son inaceptables para Dios. Él demanda toda nuestra lealtad a Él y eso no es negociable. No se puede ser leal a Dios y al sistema, por lo tanto, debemos determinar si deseamos las magras ganancias del mundo o la bendición integral del Reino.

***“No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”.***

Mateo 6:31 al 33



## Capítulo tres

# FALSAS LEALTADES SIN PROPÓSITO

*“Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón”.*

Hebreos 11:24 al 26

En este capítulo, voy a tomar la figura de Moisés como ejemplo de falsas lealtades capaces de poner en riesgo nuestro propósito. Mi elección puede parecer curiosa, ya que Moisés fue un hombre de fe, que en más de una ocasión tomó decisiones muy radicales para hacer la voluntad de Dios. De hecho, la valoración del autor de la carta a los Hebreos destaca su ejemplaridad.

Moisés no reparó en falsas lealtades con la casa de Faraón. Recordemos que fue criado como príncipe, después de que la hija de Faraón lo rescatara del río. Bíblicamente, no

hay muchos detalles de esos días en la vida de Moisés, pero se supone que fue educado como un egipcio de alta sociedad, lo cual lo formó como un hombre poderoso en palabras y obras (**Hechos 7:22**).

Sin embargo, Moisés comenzó a visitar a sus parientes hebreos, y no consideró como algo a qué aferrarse el ser el hijo de la hija de Faraón. No eligió las riquezas ni los placeres egipcios, sino que se determinó a ayudar a sus parientes esclavos, sabiendo que tal acción podía implicar un costo brutal.

Moisés defendió a unos hebreos que estaban siendo maltratados por un egipcio, pero lo hizo violentamente, matando al agresor, lo cual pudo costarle la vida. Como resultado, terminó expatriado y refugiado en el desierto, cuidando ovejas durante cuarenta años, hasta que Dios le habló desde una zarza ardiente.

*“Lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es. Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios. Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y*

*sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel...”*

Éxodo 3:4 al 8

Ante semejante encuentro espiritual, Moisés tampoco guardó falsas lealtades con su rebaño, ni con el desierto, ni con su familia. A pesar de lo arriesgado de la misión que Dios le encomendó, Moisés se dispuso a ejecutarla, confrontando a Faraón una y otra vez para que dejara ir a su pueblo.

Todos conocemos la secuencia de plagas y procesos que se vivieron hasta la concreción del éxodo, pero no vemos a Moisés titubear en ningún momento. Fue firme en su determinación e hizo todo lo necesario para liderar la salida de toda la nación. En ningún momento vemos falsas lealtades en Moisés ni nada que pusiera en riesgo su gestión.

Moisés fue liberado de la muerte cuando era niño, liberado de la casa de Faraón para ser procesado en el desierto, liberado del desierto para actuar como un libertador efectivo, y liberado de la persecución egipcia para dirigir al pueblo hacia la tierra prometida. En ningún momento vemos a Moisés dudar en su corazón respecto de sus decisiones.

Sin embargo, sus mayores problemas comenzaron con la actitud de los hebreos. Cuando estaban en Taberá, el pueblo comenzó a lamentarse por la falta de carne, a lo que Dios respondió enviando miles de codornices, pero también con una plaga que mató a una multitud de glotones (**Números 11:33 y 34**).

Luego llegaron las quejas de Miriam y Aarón, los hermanos de Moisés, quienes se atribuyeron la profecía en desmedro de Moisés, lo que enardeció la ira del Señor, quien envió la lepra sobre la hermana del patriarca (**Números 12:1 al 16**).

Tiempo después, se produjo la rebelión de todo el pueblo, incitada por los nefastos reportes de los espías, que terminó con el castigo de la generación del Sinaí (**Números 13 y 14**). Luego siguió la violación del sábado por un hombre, quien fue condenado a muerte (**Números 15:32 al 36**).

Posteriormente, vemos la insurrección de Coré, Datán, Abirán y los rubenitas, más doscientos cincuenta hombres principales, quienes se atribuyeron la dignidad sacerdotal contra Moisés y Aarón. Al final, Dios intervino haciendo que la tierra se los tragara (**Números 16:1 al 35**).

En este contexto es donde encuentro una falsa lealtad que cambió completamente el destino de Moisés. La ira del Señor propuso a Moisés la destrucción del pueblo y una nueva creación, pero el patriarca se negó, no solo intercediendo por el perdón, sino incluso proponiendo a Dios ser quitado él mismo del libro de Dios.

*“Entonces volvió Moisés a Jehová, y dijo:*

*Te ruego, pues este pueblo ha cometido un gran pecado, porque se hicieron dioses de oro, que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito.*

***Y Jehová respondió a Moisés: Al que pecare contra mí, a éste raeré yo de mi libro.”***

Éxodo 32:30 al 33

La intercesión de Moisés siempre ha sido considerada ejemplar y sincera, pero deseo tomar su ejemplo para nuestros días. Salvando toda diferencia, debemos notar que Moisés cambió su destino por ser leal a un pueblo rebelde que ofendió a Dios y que incluso lo despreció a él en varias ocasiones. De hecho, el pueblo, cuando se veía en riesgo, apelaba a su accionar para salvarse, pero no expresaban cambios definitivos.

***“Entonces el pueblo vino a Moisés y dijo: Hemos pecado por haber hablado contra Jehová, y contra ti; ruega a Jehová que quite de nosotros estas serpientes.***

***Y Moisés oró por el pueblo”***

Números 21:7

Al final, las quejas del pueblo sediento en Cades, alzó la voz contra Moisés, contra Aarón y contra el Señor, quien por intercesión del líder, les hizo brotar agua de la roca, pero Moisés enardecido, cometió el error de pegarle a la roca en lugar de hablarle como Dios le había mandado. Entonces una lapidaria palabra fue soltada contra Moisés:

***“Puesto que vosotros no tuvisteis confianza en mí ni me honrasteis delante de los israelitas, no entraréis con esta gente en la tierra que les he dado”.***

Números 20:12

Es claro, hay casos de rebeliones comunitarias y rebeldías personales o de grupos determinados, pero todas terminan con la punición divina, aunque en muchas de ellas se observa también que se abren posibilidades de perdón. En este caso, Dios otorgó agua para el pueblo, pero Moisés fue condenado a mirar la tierra de lejos, sin poder entrar en ella.

Dios aceptó la intercesión de Moisés a favor del pueblo, pero al final se terminó quedando con esta generación rebelde, y no pudo guiar a la nueva generación tal como hizo Josué. Los rebeldes murieron en el desierto, y Moisés cayó con ellos por causa de una falsa lealtad.

¿Por qué la actitud de Moisés puede ser considerada como una falsa lealtad? Principalmente porque el pueblo nunca fue leal con él. Nunca fue absolutamente reconocido y honrado como líder. De hecho, tampoco lo hicieron con Dios. El Señor dijo en más de una ocasión que eran un pueblo rebelde, y guardar lealtades con los rebeldes siempre producirá pérdidas.

Por supuesto que reconozco y valoro la mansedumbre de Moisés, y así tuvo que suceder todo para que el plan de Dios se pudiera llevar a cabo. No estoy cuestionando a Moisés, solo estoy creando una plataforma para una enseñanza que pueda ayudarnos hoy. Moisés defendió a un pueblo con el cual Dios estuvo disgustado cuarenta años (**Hebreos 3:17**), y por causa de ellos miró la tierra desde lejos. Yo me pregunto: ¿Es necesario para nosotros guardar falsas lealtades con rebeldes que no desean vivir Reino?

Imaginemos hoy en día a un pueblo rebelde con Dios y líderes que violentan el Reino, me pregunto nuevamente: ¿Habría que guardar lealtad con ellos o solo con Dios? Según el cálculo de algunos eruditos, la muerte de esta generación rebelde se fue produciendo con el fallecimiento de unas doscientas cuarenta personas por día, porque a pesar de la intercesión de Moisés, el Señor no estuvo dispuesto a pasar por alto las rebeliones.

Moisés tendría que haber sido el líder de un pueblo conquistador, pero terminó liderando funerales por casi cuarenta años. ¿Qué debemos hacer hoy en día? ¿Debemos liderar a un pueblo sabio y entendido o guardar lealtades con los rebeldes a la voz del Espíritu Santo? Digo esto no pensando en hermanos que diariamente cometen algunos pecados, me estoy refiriendo a instituciones, denominaciones y líderes que se niegan a la unidad y el avance, dando lugar al gobierno del Espíritu Santo.

También veo a muchos hermanos y líderes criticando como Miriam; vociferando contra todo lo que no entienden o consideran diferente, sin comprender el gran mal que hacen. Muchas veces lo he dicho y lo volveré a repetir hasta el cansancio: todos los que critican públicamente a otros líderes, a otras maneras de interpretar las Escrituras, a otros movimientos espirituales, aun con razones, no hacen más que atacar la Iglesia, que al final es el cuerpo de Cristo.

Yo no defiendo a quienes caminan en error, a los falsos ministros, a los abusos financieros, a las falsas unciones, yo

no defendiendo nada que no sea del Reino, y creo que debemos detectar todo lo falso utilizando el discernimiento espiritual. Luego podemos hablar de esas cosas y señalarlas, dentro del ámbito de la Iglesia, pero no públicamente en redes sociales.

Notemos que Dios no le dijo a Moisés: ¡Gracias, siervo, por airarte y demostrarle al pueblo que son unos rebeldes! Le dijo: “*No me santificaste ante el pueblo...*” Es decir: ¡Tú solo sé obediente y de los rebeldes me ocupo yo! ¡No te enojas pegándole a la piedra, pensando que me estás defendiendo mi santidad, porque le estás pegando a lo que no comprendes!

Hay demasiados líderes pegándole a otros, tan solo por no coincidir en el mismo pensamiento. Reitero, no digo que no hay falsos ministros, falsas doctrinas o falsas unciones, solo digo que no tenemos el ministerio de Sherlock Holmes para prevenir a la sociedad. Debemos identificar lo malo y juzgarlo con justo juicio, pero no en “redes sociales”, porque la gente que no conoce a Dios, mete todo en la misma bolsa y terminan creyendo que todos somos iguales.

Un popular refrán dice que: “Los trapos sucios se lavan en casa”, lo cual significa que las diferencias deben resolverse dentro de la familia, sin dar explicaciones a extraños. Las redes sociales son ámbitos de comunicación abierta a todos, y si criticamos a la Iglesia, aun con razón, lo único que estaremos causando es un daño en la fe de aquellos que no nos conocen.

Deberíamos dejar de criticar tanto y ocuparnos de predicar el evangelio de la paz. Nosotros tenemos el ministerio de la reconciliación, no de la condenación y el juicio. Si en verdad deseamos que la gente se reconcilie con Dios, deberíamos reconciliarnos nosotros primero, y si alguien o algo es falso, Dios lo sacará a la luz.

El Señor es poderoso y autosuficiente como para cuidar a su Iglesia; no necesita inquisidores que lo representen. Nosotros debemos utilizar el discernimiento espiritual, y los que somos líderes debemos advertir a nuestra gente puertas adentro. Luego, debemos predicar el evangelio con la idea de expandir el Reino y prepararnos para la hostilidad de los tiempos finales y la venida de nuestro Rey.

La lealtad con los quejosos, los críticos y los violentos reclamadores de justicia solo nos dejará mirando la gloria desde lejos, pero no podremos desarrollar una verdadera vida de Reino. No hay nada peor en la Iglesia que los líderes intolerantes que critican duramente a todos los que son o enseñan diferente a ellos. Deberían ocuparse de identificar al verdadero enemigo de nuestro propósito.

Estos líderes religiosos, que se creen más justos que los demás, critican duramente a todo lo que ellos creen que está equivocado. Son como Miriam y Aarón, son como Coré, Datán y Avirán, creen que ellos son líderes excelentes y que todo lo demás es desaprobado por Dios. Me niego a mirar de lejos la bendición por causa de esta gente intolerante.

No me atrasan los pecadores, no me atrasan los hermanos espiritualmente inmaduros, no me atrasan los líderes que no entienden pero ponen buena voluntad, no me atrasa nada de lo falso, porque todo eso decantará por el poder de Dios. Me atrasan los líderes llenos de legalismo, de intolerancia religiosa, de críticas y de teología sin vida. Me atrasan los que no desean una unidad tolerante, y los que no permiten que el Señor gobierne Su Iglesia. No quiero conservar falsas lealtades con ellos.

Hace unos años, almorzando con un viejo pastor, me dijo algo que marcó mi corazón: “Yo soy un hombre grande y no me queda mucho de vida... Si hay algo de lo que me arrepiento, es de haber perdido tantos años de mi vida ministerial peleando con la religión en lugar de batallar contra el diablo...”

Yo no deseo perder mis años peleando con los violentos que critican todo. No deseo debatir con los intolerantes, no deseo tener que complacer a quienes desean ser complacidos; quiero enfocarme en Dios y en Su voluntad. De pronto, si hay algún enemigo por enfrentar, será del otro lado del Jordán, no dentro de la Iglesia. Tampoco me importan las diferencias que podamos tener entre líderes, excepto las doctrinas fundamentales que no se negocian, todo lo demás no debería separarnos, y mucho menos generar rebeliones que en lugar de abrir los cielos, abren la tierra.

Por último, encontramos una gran lección en el final de Moisés, no porque se haya despedido del pueblo con

elocuentes palabras antes de enfrentar su muerte en la montaña, sino porque después de casi mil trescientos años su espíritu pisó la tierra en el monte de la transfiguración, en ese glorioso encuentro sobrenatural con Jesús y con Elías (**Mateo 17:1 al 8**).

¿Por qué aprendemos de Moisés aquí? Bueno, porque al final, sí entró en la tierra, pero no lo hizo en la carne, sino en el espíritu. El verdadero reposo para Moisés no estaba en Canaán, ni en el monte de la transfiguración, sino que era Jesucristo mismo. Si deseamos entrar en el reposo espiritual del Reino, debemos dejar de pelear con las sombras y dirigirnos a Su sustancia.

Las falsas lealtades con los rebeldes o con los líderes violentos que solo pretenden que las cosas se hagan a su manera, solo nos desgastarán en una batalla carnal que nos dejará mirando la bendición desde lejos. La paz no está en la tumba, sino en los brazos de nuestro Señor; debemos reposar en Él y alejarnos de falsas lealtades.

Hablaba con un amado pastor que me abrió su corazón para explicarme que en su denominación no se creía en las manifestaciones del Espíritu Santo, y que incluso la liberación de cualquier don era considerada como “fuego extraño”. Él me decía no saber qué hacer con tal situación, porque de ninguna manera veía lo mismo.

Mis palabras fueron que rompiera con las falsas lealtades hacia un liderazgo que estaba rechazando todo lo

que no comprendían. Le dije que usara el discernimiento espiritual y que procurara solo lo que era de Dios, pero que no debía desechar toda manifestación espiritual, porque eso sería como rechazar lo que Dios estaba pretendiendo hacer. Le dije que tomara una decisión personal, y se preguntara si mantendría lealtad con Dios o con esos líderes intolerantes.

Siempre digo a los pastores que un día, todos estaremos ante nuestro Señor, todos tendremos que mirar sus cristalinos ojos, puros, llenos de amor pero a la misma vez como llamas de fuego que atravesarán nuestro corazón (**Apocalipsis 19:12**). No me gustaría ser avergonzado por actuar violentamente contra algo que Él mismo deseó hacer. No me gustaría tener que decirle al Rey que lo he desobedecido o que he perseguido violentamente a quienes eran mis consiervos verdaderos.

Puede que me ocurra que haya predicado algunos conceptos que tal vez no eran tan así, puede que haya bautizado a alguien no regenerado, que haya escrito o dicho algo de más, puede que no haya detectado todo lo indebido, puede que algo no haya dicho o hecho, pero no quisiera ser hallado como quien se atrasó por causa de los rebeldes, ni quién le pegó a la Roca Eterna, diciendo que era del diablo lo que provenía de Su Espíritu.

No quisiera ser de los ministros que pelean con ministros. No quisiera ser de los que frenan la obra con estúpidas burocracias religiosas. No quisiera ser como Saulo de Tarso, sino como Pablo. No quisiera actuar en la carne con

una vara para golpear, sino en el espíritu para permanecer en el monte que representa el Reino. No quisiera ver afectado mi caminar en el propósito por sostener falsas lealtades con aquellos que se han olvidado de lo que la gracia representa.

No quiero falsas lealtades con los que se niegan al gobierno de Dios, no quiero por esas lealtades, verme presionado a pegarle al cuerpo de Cristo. No quiero predicar contra lo falso gritando condenación, quiero predicar el evangelio del Reino y decirle al pueblo que marche. No quiero predicar contra la Iglesia, porque de corregir lo torcido, o de separar lo bueno de lo malo, se ocupará el Señor, yo solo quiero predicar las buenas nuevas del Reino a toda criatura y decirles a todos, que la Iglesia es preciosa y que en ella, encontrarán lo mejor de lo mejor de la tierra.

***“Hijo mío, te doy este encargo porque tengo en cuenta las profecías que antes se hicieron acerca de ti. Deseo que, apoyado en ellas, pelees la buena batalla y mantengas la fe y una buena conciencia. Por no hacerle caso a su conciencia, algunos han naufragado en la fe”.***

1 Timoteo 1:18 y 19 NVI



## Capítulo cuatro

# FALSAS LEALTADES CON LA AUTORIDAD

*“Aconteció que cuando él hubo acabado de hablar con Saúl, el alma de Jonatán quedó ligada con la de David, y lo amó Jonatán como a sí mismo. Y Saúl le tomó aquel día, y no le dejó volver a casa de su padre. E hicieron pacto Jonatán y David, porque él le amaba como a sí mismo. Y Jonatán se quitó el manto que llevaba, y se lo dio a David, y otras ropas suyas, hasta su espada, su arco y su talabarte”.*

1 Samuel 18:1 al 4

Jonatán, el hijo del rey Saúl, y el joven David se hicieron grandes amigos. Ambos eran hombres sobresalientes y del tipo de personas que Dios puede usar. Jonatán era el candidato natural para ser el futuro rey de la nación, mientras que David había sido elegido y ungido por el Señor para ese cargo.

Cuando David peleó contra el gigante Goliat, el rey Saúl pensó en recompensarlo por su hazaña. Al parecer,

Jonatán, el primogénito de Saúl, también estaba presente y escuchó la conversación entre Saúl y David. Desde ese momento, David y Jonatán fueron conscientes de la afinidad que había entre ellos.

A raíz de su victoria sobre Goliat, David se convirtió en un personaje público, ya que su proeza se difundió por toda la nación. Esto despertó los celos de Saúl, quien comenzó a hostigarlo, a perseguirlo y luego a procurar su muerte. Jonatán, sin desearlo ni buscarlo, se encontró en medio de un conflicto entre su padre y su amigo David.

Jonatán era de la realeza, mientras que David era un simple campesino. Por eso, David no tenía nada material para ofrecer al príncipe. Sin embargo, Jonatán compartió con David su manto, otras prendas, su espada, su arco y su talabarte, lo cual fue un gesto muy generoso y significativo.

Recordemos que en la batalla entre los israelitas y los filisteos, la Biblia dice que no había espadas ni lanzas en manos de ningún guerrero, excepto las que tenían Saúl y su hijo Jonatán (**1 Samuel 13:22**). La espada era algo muypreciado, especialmente la de un príncipe con aspiraciones al trono.

A medida que David se convertía en un personaje más popular, comenzó a notar que Saúl no era tan amistoso con él como al principio. Al ver la admiración y el respeto del pueblo hacia David, Saúl, aun siendo el rey, se puso celoso y comenzó a procurar su mal. La gente empezó a ver a David

como un valiente guerrero, pero hasta ese momento solo había sido conocido como el dulce cantor de Israel. De hecho, él tocaba su arpa para calmar los demonios que atormentaban a Saúl.

Un día, uno de esos espíritus malignos se apoderó de Saúl, quien arrojó una lanza a David pensando: ***“Voy a clavar a David en la pared”***. Pero David lo esquivó dos veces (**1 Samuel 18:11**). Desde entonces, David comprendió que Saúl realmente deseaba matarlo.

Saúl intentó matar a David en varias ocasiones. Al fracasar, dio órdenes abiertas para que cualquiera lo matara. Aunque en algunos momentos Saúl se arrepentía de sus intentos asesinos, la vida de David estuvo en peligro hasta la muerte de Saúl.

Durante esos años de exilio, aproximadamente diez años, David fue acosado y perseguido como una bestia salvaje. Se convirtió en un nómada, un vagabundo. Pasó por muchas dificultades y privaciones, viviendo en cuevas en el desierto, acompañado de algunos forajidos que comenzaron a seguirlo. Sin embargo, durante ese período fue probado y entrenado en la escuela de Dios. Fue en esos años que David escribió muchos de sus más hermosos y sentidos salmos.

***“Saúl habló a Jonatán, su hijo, y a todos sus siervos para que mataran a David; pero Jonatán, hijo de Saúl, amaba a David en gran manera y dio aviso a David, diciendo:***

***Saúl, mi padre, procura matarte; por tanto, cuídate hasta la mañana, y escóndete en un lugar oculto”***

1 Samuel 19:1 y 2

Saúl estaba determinado a matar a David, pero Jonatán no solo no estaba de acuerdo con su padre, sino que defendía a David, lo aconsejaba y le informaba de los planes de su padre. De hecho, en más de una ocasión, Jonatán habló con su padre para reconvenirlo, recordándole que David había sido una gran bendición para él y para toda la nación (**1 Samuel 19:4 y 5**).

En un momento de gran dolor, David preguntó a Jonatán: ***“¿Qué he hecho yo? ¿Cuál es mi maldad o cuál es mi pecado contra tu padre para que busque mi vida?”*** (1 Samuel 20:2). Realmente, David nunca había hecho nada contra Saúl; por el contrario, lo había ayudado. Jonatán, su amigo, le respondió:

***“En ninguna manera; no morirás. He aquí que mi padre ninguna cosa hará, grande ni pequeña, que no me la descubra; ¿por qué, pues, me ha de encubrir mi padre este asunto? No será así. Y David volvió a jurar diciendo: Tu padre sabe claramente que yo he hallado gracia delante de tus ojos, y dirá: No sepa esto Jonatán, para que no se entristezca; y ciertamente, vive Jehová y vive tu alma, que apenas hay un paso entre mí y la muerte”.***

1 Samuel 20:2 y 3

Es clara la angustia de David, porque Saúl era un rey con el poder de todo un ejército que lo respaldaba, y también es claro que Jonatán amaba a David y estaba contrariado con su padre. Aquí es donde quiero evidenciar una falsa lealtad por parte de Jonatán hacia su padre Saúl. De hecho, sin abandonar su lugar de hijo, buscaba que su padre le revelara sus planes contra David, y de esa manera poder advertirle.

**Proverbios 18:24** dice que: *“El hombre que tiene amigos ha de mostrarse amistoso; y amigos hay más unidos que un hermano”*. Esto fue una realidad entre David y Jonatán, pero la posición de Jonatán lo introdujo en un dilema existencial, porque él era el primogénito y futuro rey de Israel, a la vez que David, era el candidato ungido por Dios. Por otra parte, David era su amigo, a quien amaba, pero Saúl era su padre a quien también amaba.

*“Así hizo Jonatán pacto con la casa de David, diciendo: Requieralo Jehová de la mano de los enemigos de David. Y Jonatán hizo jurar a David otra vez, porque le amaba, pues le amaba como a sí mismo”*.

1 Samuel 20:16 y 17

Mucho se ha enseñado sobre el pacto entre David y Jonatán, y se pone como ejemplo de fidelidad, pero permítanme disentir con tal asunto, porque si bien Jonatán era leal a David, advirtiéndole sobre los peligros reales, no dejó de mantener una falsa lealtad con su padre, al grado de terminar muriendo junto a él en el campo de batalla.

Jonatán le dijo a David: ***“Haré por ti lo que desee tu alma...”***; sin embargo, nunca dejó de estar con su padre. De hecho, Jonatán sabía que probablemente sería David y no él quién sucedería a su padre en el trono. Por tanto, le pidió que cuando llegara al poder, su propia relación con la casa de David no fuera olvidada.

***“Y luego que el muchacho se hubo ido, se levantó David del lado del sur, y se inclinó tres veces postrándose hasta la tierra; y besándose el uno al otro, lloraron el uno con el otro; y David lloró más. Y Jonatán dijo a David: Vete en paz, porque ambos hemos jurado por el nombre de Jehová, diciendo: Jehová esté entre tú y yo, entre tu descendencia y mi descendencia, para siempre. Y él se levantó y se fue; y Jonatán entró en la ciudad”.***

1 Samuel 20:41 y 42

Es claro que Jonatán cumplió su parte del pacto; no pongo en duda que fue un amigo fiel y verdadero, quien amó a David hasta el fin de su vida. Por su parte, David también fue fiel a su amistad con Jonatán y con sus descendientes. Pasado los años, descubrió que Jonatán había tenido un hijo llamado Mefiboset, quien estaba lisiado de ambos pies. David lo buscó, lo llevó al palacio y le otorgó todo tipo de beneficios.

La cuestión no es dicha fidelidad, sino descubrir que Jonatán sabía que David sería el futuro rey porque Dios estaba con él. Sin embargo, por causa de una falsa lealtad,

Jonatán terminó muriendo con su padre, un rey con los días contados, de quien la presencia de Dios ya se había apartado.

Si Jonatán había decidido ser leal a David, no debería haber continuado siendo leal a su padre, pues esa lealtad solo lo llevó a la muerte. Hoy en día, muchas personas caminan hacia la muerte de sus capacidades espirituales, solo por mantener falsas lealtades con líderes que están secos, y en quienes la presencia de Dios ya no se manifiesta.

No hablo de líderes que son viejos, sino de líderes antiguos, hombres que alguna vez fluyeron en la unción y caminaron con pasión haciendo la voluntad de Dios, pero con el tiempo, las estructuras institucionales y la religiosidad los enfriaron y secaron. Hoy en día, solo son personas respetadas por su posición y pasado, pero no por la unción que ya no portan.

Siempre digo que no tengo problema con envejecer, porque, aunque nadie lo desea, es inevitable. Lo que no quiero es envejecer para Dios. Pretendo ser un hombre como Pablo, quien terminó sus días cargado de pasión y con una clara revelación del Reino.

Conozco pastores que han comprendido el evangelio del Reino. No solo los conozco ministerialmente, sino que he creado vínculos afectivos y de compañerismo espiritual con ellos. Son hombres determinados, que desde hace varios años vienen escuchando mis enseñanzas y las de otros ministros que también predicán el Reino de Dios.

Estos pastores enseñan correctamente a su gente, y sus congregaciones han madurado con una buena mentalidad, creciendo numérica e integralmente. Sin embargo, estas obras fueron fundadas bajo la autoridad de instituciones que no tienen interés en perder el control de la obra.

La cúpula de autoridad de estas instituciones está compuesta por hombres con trayectoria ministerial, quienes se arrojan gran autoridad para sostener lo que siempre han mantenido en sus doctrinas y estatutos. Creen que la tradición que respalda a la institución es suficiente para negar cualquier intento de cambio.

El problema no es de ellos, que creen estar en lo correcto, sino de los pastores que reciben la revelación del evangelio del Reino, y comprenden la necesidad de reformas. No es que las doctrinas fundamentales hayan cambiado, sino que debe cambiar todo aquello que ha limitado el gobierno de Dios sobre la Iglesia.

Hoy en día, quienes sentimos el deseo de hallar la causa de la falta de plenitud que Pablo menciona en **Efesios 1:23**, somos embargados por una santa incomodidad, una penosa inconformidad que nos impulsa a buscar y derribar aquellos paradigmas que nos han impedido avanzar.

Muchos nos consideramos ministros de una transición eclesíástica. Hemos conocido la iglesia tradicional con todas sus estructuras y hemos participado en el rompimiento de muchos conceptos para liberar el verdadero potencial de la

Iglesia. Hoy creemos que estamos viviendo una reforma para recuperar el diseño del Reino que Dios propone en los escritos apostólicos de Pablo.

No consideramos que el Señor nos traerá revelaciones extra bíblicas; solo creemos que la Palabra puede ser vivificada, lo que implica que el Espíritu Santo puede traernos una nueva comprensión de la voluntad del Padre para este tiempo tan diferente.

Si Dios no pudiera vivificar su Palabra o direccionarnos, ¿Cómo seríamos guiados por el Espíritu? (**Romanos 8:14**). Y si puede hacerlo, ¿Por qué no podría darnos un diseño diferente para esta generación tan especial? Esto no implica cambiar la Biblia, sino sumergirnos en sus profundidades para encontrar la perfecta voluntad del Señor. El problema es que, para hacerlo, no podemos conservar falsas lealtades con un sistema religioso caducado.

Cuando hablamos de reforma en este tiempo, no consideramos cambiar la esencia primaria de la Palabra, sino redescubrir los fundamentos que no se han respetado y edificar sobre ellos. La Iglesia no necesita reformas para ser novedosa o mejor, sino para volver al diseño original determinado por el Padre.

La palabra reforma, en griego, es “*Diórdosis*” y significa, nada más y nada menos, que volver a la forma. Por eso pretendo dejar bien en claro que no consideraría jamás la posibilidad de poner nuevos fundamentos escriturales. Los

apóstoles y profetas de hoy no están para poner fundamentos nuevos. La iglesia comenzó a ser edificada bajo fundamentos apostólicos y proféticos (**Efesios 2:20**), y con eso es suficiente.

Un fundamento es un cimiento y eso ya ha sido establecido. Hoy no hay que poner nuevos fundamentos, sino buscar los verdaderos fundamentos y respetarlos, porque algunos se han ignorado y otros se hicieron por medio de desviaciones doctrinales. Muchas de las cosas que se han establecido y defendido no estaban en el plano original.

Debemos reconocer que en estos más de dos mil años, la iglesia ha pasado por tremendos procesos, internos y externos. Eso ha generado que hoy tengamos un montón de diferencias entre ministros o instituciones. Diferencias teológicas, doctrinales y litúrgicas. Pero seamos sinceros, Dios es uno y Su voluntad también; alguien está errando, porque no todos podemos tener razón.

Creo que debemos volvernos al plano original, escudriñando las Escrituras con toda humildad. El peor enemigo de un cambio que Dios mismo quiere producir es la soberbia humana. Hoy muchos creen estar defendiendo a Dios y Su Palabra, pero actúan con soberbia y descalifican, atacan, critican y condenan, en lugar de abrir una mesa de diálogo para debatir en plena comunión espiritual cuál es la voluntad de Dios, agradable y perfecta para estos tiempos (**Romanos 12:2**).

Hoy veo a algunos ministros que se consideran de la iglesia tradicional y atacan todo cambio de paradigma. Descalifican y condenan a todo el que hoy puede ver algo diferente. Ellos dicen defender la Palabra, pero el problema no es la Biblia, sino la forma en la que ellos creen que debe interpretarse.

Los pastores que sí han cambiado y que están impartiendo el Reino a sus congregaciones están sufriendo el impacto y las presiones institucionales que pretenden impedir esos cambios. Esto es muy perverso, porque si ellos ven que los pastores se mantienen sujetos a sus deseos, los respaldan hablándoles de libertad de trabajo. Pero si los ven que crecen y que cambian algo de lo que ellos consideran correcto, comienzan a marcar presiones con la idea de hacerlos desistir de todo avance.

Jonatán estaba claro que David era lo nuevo de Dios, pero su padre ejerció una gran presión sobre él. Supongo que su familia y la gente que lo observaba también ejercerían cierta presión al esperar si en algún momento traicionaría a su padre o no. En realidad, lo que algunos consideran una traición sería más bien darle la espalda a un diseño que Dios ya no respaldaba y abrazar lo que Dios estaba haciendo en ese nuevo tiempo.

Lo mismo ocurre hoy, las falsas lealtades impiden el avance de los que honestamente están entendiendo lo que Dios está haciendo. Estas lealtades son como pesadas cadenas ardientes que procuran mantener en un círculo

vicioso a quienes desean salirse de las viejas estructuras y no saben cómo hacer.

La pregunta sería: ¿Por qué no se salen de una vez? ¿Acaso no es fácil tomar la decisión de elegir lo nuevo de Dios? En realidad, no es tan fácil. No me hubiera gustado estar en los zapatos de Jonatán. Él era el primogénito, Saúl era su padre, él era parte del gobierno presente y seguramente sufrió tremendas presiones de todo su entorno, porque los que no sabían del desenlace programado por Dios lo adularían recordándole que sería el futuro rey de Israel.

Conozco a pastores extraordinarios que en verdad se la juegan por Dios. Solo desean hacer Su voluntad y han trabajado durante años para honrarlo. Han edificado grandes salones de reunión y han enfrentado los desafíos de equipar la iglesia y fundar nuevos anexos. Pero hoy en día, están sufriendo las presiones institucionales que los amenazan y les dicen que si quieren continuar enseñando algo diferente pueden hacerlo, pero no como representantes de la denominación, con lo cual deberían irse y dejar todo lo edificado, ya que legal y perversamente les pertenece.

Esto es muy lamentable y lo están padeciendo muchos pastores. En su momento comenzaron bien, representando y creyendo todo lo que la institución que los ordenó imponía. Sin embargo, con el tiempo, fueron creciendo espiritualmente y con el objetivo de alcanzar todo lo que Dios pretende en este tiempo, fueron cambiando, fueron comprendiendo la necesidad de romper ciertas estructuras, y

hoy en día, esto les está jugando en contra de sus autoridades institucionales.

Nada de esto se originó desde supuestas rebeliones. Nada más lejos de tal cuestión. David no se fue posicionando ante el pueblo con la idea de rebelarse contra Saúl. Él estaba cuidando ovejas cuando Dios envió a Samuel para ungirlo. Todo lo demás fue el resultado lógico de quien busca hacer la perfecta voluntad de Dios.

Los pastores que hoy en día han entrado en dimensiones de cambio, por comprender que eran necesarias algunas reformas, se están independizando o están sufriendo el tener que continuar bajo perversas presiones institucionales. No se puede juzgar tal cosa, porque es totalmente entendible el dolor que puede producir la pérdida de todo lo que se ha edificado.

Jonatán sufrió muchas presiones y terminó muriendo con su padre en el campo de batalla, y su hijo terminó lisiado de ambos pies. Lamento tener que expresar esto, pero es lo que creo. No se puede ser leales con Dios y a la misma vez leales con las instituciones religiosas, que con sus estructuras están trabando la manifestación del Reino.

Si Jonatán se hubiera ido con David, seguramente habría reinado junto con él. David hubiera sido el rey, pero Jonatán su embajador primario, y sus hijos también habrían terminado vinculados con el reino. Si los pastores que hoy en día sufren presiones logran romper las falsas lealtades con las

autoridades institucionales, no solo serán parte del Reino, sino que levantarán discípulos sanos, hijos que manifestarán el Reino con autoridad.

La invalidez de Mefiboset fue por causa de que su niñera lo dejó caer y se quebró ambos tobillos. Si estamos formando gente de Reino, si estamos discipulando hijos espirituales, no debemos permitir que caigan por tierra. Ellos son llamados a caminar el Reino, no a arrastrarse por los oscuros caminos de la religiosidad.

Por el bien de esos discípulos, todo pastor que hoy vive bajo presión debe atreverse a romper las falsas lealtades con la autoridad institucional y deben ser valientes, sabiendo que Dios está de su parte y que si pierden algo, Dios lo restituirá por haber elegido Su voluntad. Deben comprender que al final, el gran valor que poseen no son ladrillos, sino piedras vivas para la gloria de Dios.

***“Esforzaos y cobrad ánimo; no temáis, ni tengáis miedo de ellos, porque Jehová tu Dios es el que va contigo; no te dejará, ni te desamparará”.***

Deuteronomio 31:6



## Capítulo cinco

# FALSAS LEALTADES CON LAS TRADICIONES

*“Y los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunaban; y vinieron, y le dijeron: ¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan, y tus discípulos no ayunan?*

*Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los que están de bodas ayunar mientras está con ellos el esposo? Entre tanto que tienen consigo al esposo, no pueden ayunar.*

*Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces en aquellos días ayunarán.*

*Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; de otra manera, el mismo remiendo nuevo tira de lo viejo, y se hace peor la rotura.*

*Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo rompe los odres, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar”.*

Marcos 2:18 al 22

Si prestamos atención, veremos que en este relato había tres grupos discipulares diferentes: los de los fariseos, los de Juan Bautista y los de Jesús. El tema a debatir era el

motivo por el cual los discípulos de los fariseos y los de Juan ayunaban, pero los discípulos de Jesús no.

Jesús les dejó en claro que sus discípulos no ayunaban porque estaban con Él, pero el día que fuera quitado de ellos, ciertamente tendrían que ayunar. Pero quisiera que observemos los ejemplos que Jesús les expone para ilustrar esta situación.

Primero les dice que nadie debe poner un remiendo de paño nuevo en un vestido viejo, porque de hacerlo, el mismo remiendo nuevo tira de lo viejo y se hace peor la rotura. Con esto les estaba diciendo que, para recibir lo nuevo de Dios, era necesaria una vida nueva. Esto podemos entenderlo nosotros hoy, pero en esos días ni sus discípulos lo tenían claro.

Hay gente que acumula ropas desde hace muchos años. Ya son ropas viejas, pasadas de moda y que seguramente no se pondrán nunca más. Sin embargo, no se deshacen de ellas. Es como si tuvieran falsas lealtades hacia esas prendas y por eso las conservan. Las telas no sienten ningún afecto por nosotros; a lo sumo somos nosotros los que nos encariñamos con ellas.

Si alguna se dañó y tratamos de ponerle un remiendo de paño nuevo, tal como dijo Jesús, la rotura se hará peor. La religión de los fariseos ya estaba rancia; solo eran viejas vestiduras, y Jesús no estaba trayendo un remiendo nuevo

para mejorar ese viejo vestido. El Reino es un ropaje nuevo y sin roturas.

Los religiosos escuchaban a Jesús tratando de ver si sus enseñanzas podían contribuir en algo a su fe, pero esa no era la idea de Jesús. Por tal motivo, ellos encontraban muchas incongruencias, porque no sabían cómo adaptar lo que decía sin tener que modificar en nada la Ley y sus tradiciones.

Ellos, de ninguna manera, consideraban la posibilidad de cambiar algo, y Jesús los incomodaba mucho; por eso concluían que no era de Dios, al igual que Juan. Cuando Dios está estableciendo algo nuevo, no se pueden tener falsas lealtades con lo viejo; de lo contrario, se procurará un remiendo y no una nueva vestidura.

Hay ministerios hoy en día que uno los ve como detenidos en el tiempo. Conservan viejas tradiciones, viejas liturgias, viejas canciones y viejas doctrinas. Incluso los hermanos parecen de otra época, tal como si quedar detenidos en el tiempo fuera una demostración de santidad. De pronto, no pueden eludir algunas cuestiones que irrumpen en la escena trascendiendo por los medios, y los líderes se ven obligados a tratarlas.

En tal caso, los renuevos para ellos son remiendos que se pueden aplicar a sus gastadas vestiduras. Entonces agregan algunos instrumentos, algunas luces, cambian algunas canciones y al viejo pastor cargado de estructuras comienzan a llamarlo apóstol. De esa manera, creen que se han

renovado, pero la verdad es que solo han aplicado un remiendo nuevo al vestido viejo.

Pintar el salón, invitar a un profeta, organizar un congreso, poner luces de colores, no son renuevos espirituales. Se puede ser religioso, legalista y estructurado con equipos de sonido nuevos o una pantalla led. La Iglesia no necesita remiendos, necesita reformas, y esas reformas nada tienen que ver con lo novedoso, sino con la revelación de la voluntad divina.

Las falsas lealtades con lo vivido en el pasado solo terminarán bloqueando la revelación. Si creemos que por enseñar durante muchos años una manera de vivir el evangelio, y porque algunas cosas funcionaron, no debemos cambiar nada, en realidad solo tenemos una falsa lealtad con la tradición. Lo que funcionó en el pasado, no necesariamente debe seguir funcionando.

Cuando los hebreos peregrinaron en el desierto, unas serpientes venenosas comenzaron a matarlos, entonces Moisés clamó por el pueblo a Dios, y Dios le dijo: ***“Hazte una serpiente ardiente y ponla sobre un asta; y cualquiera que fuere mordido y mirare a ella, vivirá”*** (Números 21:8). Este diseño, aun recordado por Jesucristo, funcionó a la perfección, pero cuando las serpientes desaparecieron, los hebreos siguieron conservando esa serpiente de bronce.

Lamentablemente, la serpiente de bronce hecha por Moisés fue preservada durante 800 años hasta que el rey

Ezequías la destruyó. En realidad, ese instrumento diseñado por Dios para sanar, terminó siendo adorado por siglos. Tal fue así que pasó el tiempo de los jueces, del gobierno de Saúl, de David, de Salomón, y ya con el reino dividido, por el lado de Judá gobernó Roboam, luego Abías, Asa, Josafat, Joram, Ocozías, Atalía, Joás, Amasías, Uzías, Jotam, Acaz, y recién bajo el gobierno de Ezequías la serpiente fue destruida.

La falsa lealtad con un viejo instrumento de bronce, por medio del cual hubo sanidad, se convirtió en un objeto de adoración, que al final solo trajo maldición sobre el pueblo, porque la tenían exhibida en el templo y vaya uno a saber cuánta gente la adoró en el transcurso de tantos años.

Las tradiciones pueden ser muy perversas porque están basadas en viejas lealtades y pueden ser lapidarias contra la revelación del hoy. Hay ministerios que idolatran sus instalaciones, sus supuestos altares e incluso sus púlpitos. Recuerdo en una reunión en la que participé, un pastor me dijo: “Este púlpito es sagrado, si usted supiera quiénes han predicado en este lugar...” La verdad es que el púlpito solo es una mesa para apoyar la Biblia y ese era especialmente feo, porque parecía un ataúd.

En otra ocasión, fui invitado a predicar a una congregación muy peculiar, porque no aceptaban nada eléctrico, considerando que era pecaminoso. Por lo tanto, todos los instrumentos eran sin componentes electrónicos. De hecho, el micrófono que me dieron estaba sujeto con un cable a un megáfono y funcionaba sin equipos de sonido.

Personalmente, no tengo problemas con esas cosas, ni visitaría un lugar así para juzgar a mis hermanos. Por el contrario, acepto esas invitaciones porque pretendo ayudarlos y cuando me brindan una plataforma para la enseñanza, nunca la desaprovecho. Recuerdo que, antes de que me llamaran a predicar, un diácono se me acercó y me dijo que no podía subir a predicar con mi Biblia, que tenía que utilizar una que ya estaba en el púlpito, porque esa estaba santificada.

Esas falsas lealtades conservan viejas vestiduras y, cada tanto, solo permiten un remiendo de paño nuevo, pero al final solo queda en evidencia que el vestido es ciertamente viejo. Si en verdad deseamos lo que Dios está diciendo hoy, debemos dejar de idolatrar lo que dijo ayer. Debemos aprender de eso, porque sus palabras son eternas. Pero si pensamos que hoy, la revelación ya no existe, terminaremos luciendo una túnica como Moisés; solo nos faltará una réplica del arca de pacto para adornar la plataforma y listo.

Recuerdo que una persona tenía en su casa una vieja heladera Siam; esto llamó mucho mi atención porque me hizo recordar mi infancia, ya que era como la heladera que tenían nuestros abuelos. Le mencioné el buen estado de conservación que tenía y esta persona me dijo que mientras funcionara, no la cambiaría jamás.

Está bien que la heladera le haya salido buena y que todavía funcione correctamente. Es cierto que los materiales con los que las fabricaban eran de primera, pero no deja de

ser una vieja heladera y hoy tenemos unas heladeras de doble puerta, de acero inoxidable y hasta con computadora incluida. No me digan que la Siam sigue siendo mejor.

Es verdad que hay algunos autos viejos que siguen funcionando perfectamente. Incluso, hay algunos que están preciosos porque son de colección, pero eso no implica que sean mejores, más seguros y más confortables que los nuevos. Las falsas lealtades pueden hacernos conservar lo viejo, aun pudiendo acceder a lo nuevo.

La enseñanza de Jesús continuó y, mirando a los fariseos, a los discípulos de Juan y a los suyos, les dijo: ***“Nadie debe echar vino nuevo en odres viejos, porque el vino nuevo rompe los odres, y el vino se derrama, y los odres se pierden. Pero el vino nuevo en odres nuevos se debe echar”***. Una vez más, el mismo principio con una nueva ilustración, para explicar la situación tan particular que estaban viviendo.

Los odres, en los tiempos bíblicos, eran fabricados de cuero y se utilizaban para conservar el vino. Cuando el vino era nuevo, se echaba en odres nuevos, cuando el cuero era bien resistente, porque la presión producida por la fermentación estiraba el cuero y podía romperlo si era un odre viejo.

Jesús habló esta parábola ante los religiosos a quienes confrontaba por ser como odres viejos, incapaces de recibir y contener las presiones de la revelación del Reino. Esto

también implicaba que sin regeneración, nadie podría contener la verdad del evangelio.

Jesús vino a establecer el Reino, algo tan radicalmente diferente que destrozaría por completo todas las tradiciones y viejas maneras de practicar la fe. Sus posibilidades de convencer al sistema religioso judío eran nulas, porque sin vida espiritual, eran incapaces de abrazar la verdad del evangelio del Reino.

Es curioso que Juan siguiera teniendo discípulos. En su tiempo fue muy bueno que algunos lo siguieran y lo ayudaran a bautizar, pero una vez que Juan señaló al Cordero, tendrían que haber seguido al Cordero. De hecho, cuando Juan estaba preso, ellos fueron a interrogar a Jesús y seguían considerándose sus discípulos.

La verdad es que los fariseos fueron de Dios, porque Dios les había dado la Ley de Moisés para que la cumplieran. Los discípulos de Juan también fueron de Dios, porque fue Dios quien envió a Juan para anunciar la llegada de Su Hijo. Y los discípulos de Jesús también fueron de Dios, porque Él mismo los había elegido.

Es decir, fue bueno que los judíos guardaran la Ley y sus liturgias de culto, pero cuando vino Juan, tendrían que haberse bautizado con él. Y cuando el Bautista señaló a Jesús como el Cordero que quitaría el pecado del mundo, todos tendrían que haber seguido al Cordero hasta que se manifestara como Rey.

Lo que vemos aquí son las falsas lealtades que se fueron generando en las distintas etapas de la historia. Los fariseos llegaron a ser muy radicales a la hora de guardar la Ley, y suponemos que el día que se enteraron de que el hijo del sacerdote Zacarías estaba bautizando gente en el Jordán, se sorprendieron en gran manera.

Notemos que, por tradición, Juan tendría que haber oficiado de sacerdote en el templo al igual que su padre. Sin embargo, se fue al desierto, vistió con ropas extrañas, comenzó a alimentarse con langostas y miel silvestre, yregonaba duramente exhortando al arrepentimiento y al bautismo como señal de cambio.

Es muy probable que algunos religiosos pudieran creer en la predicación de Juan, pero las falsas lealtades con sus pares y las viejas tradiciones que guardaban les hicieron imposible acceder a las aguas del Jordán. Luego llegó Jesús, quien, diciendo ser el Cristo, llamó la atención de todos, pero más que pensar en seguirlo, los religiosos pensaron en matarlo, creyendo que era blasfemo lo que declaraba.

Por otra parte, los que creyeron en Juan y se animaron a bautizarse, se aferraron a sus enseñanzas, pero ante la llegada de Jesús, no pudieron o no supieron cómo cambiar de maestro. Nosotros podemos ver claramente que tendrían que haber seguido lo nuevo de Dios, pero en esa época me parece lógico que les costara mucho enfrentar una transición espiritual tan fuerte.

Aun en el caso mismo de Juan, vemos que se había acostumbrado tanto a bautizar a las personas que siguió haciéndolo después de haber conocido y bautizado al Mesías. No pasó mucho tiempo antes de que se encontrara en la cárcel y enviara mensajeros a Jesús, preguntándole: “*¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?*” (Mateo 11:3). Esto es increíble porque Juan, estando en el vientre de su madre, saltó cuando estuvo cerca de Jesús (**Lucas 1:41**). Luego lo identificó claramente y sin dudar como el Cordero que quita el pecado del mundo (**Juan 1:29**), pero ya en la cárcel, la revelación se le cerró.

Al no seguir a Jesús, Juan se fue convirtiendo en un odre viejo, embriagado por su propio mensaje de ayuno y bautismos de agua, y perdió la oportunidad de colgar su piel de camello y seguir a Cristo. Después de tanta consagración espiritual y tanta revelación, Juan tendría que haber sido uno de los doce, pero terminó con la cabeza en un plato. Las falsas lealtades nos dejan fuera de lo nuevo de Dios.

Jesús advirtió a los líderes religiosos judíos, que su arrogante autoconfianza acerca de ser el pueblo elegido, resultaría en la pérdida del Reino. Les dijo que un día llorarían y crujirían sus dientes, cuando vieran a personas de todas partes del mundo entrando en el Reino de los cielos, mientras ellos simplemente padecerían y esperarían.

***“Pero habrá algunos últimos que serán primeros, y algunos primeros que serán últimos”.***

Lucas 13:30 LBLA

La razón es que aquellos que son primeros en ver una verdad, a menudo, son los primeros en volverse odres viejos. Solo aquellos que sean conscientes de este obstáculo y se preparen para tratar con ello serán capaces de seguir recibiendo en todo tiempo, nuevas revelaciones.

Cuando amamos más a Dios que a nuestras experiencias del pasado, avanzaremos en la revelación. Incluso cuando podamos ser como niños en busca de conocimiento, nuestro corazón será como un odre nuevo. En cambio, si conservamos viejas lealtades con las tradiciones y la teología que aprendimos en el pasado, lo nuevo se cerrará.

La plataforma para la revelación es el amor. Cuando amamos a Dios más que a nuestros ministerios, nuestra trayectoria, nuestro conocimiento, nuestras instituciones y nuestros dogmas, entonces los velos se correrán. Jesús le reconoció a la Iglesia de Éfeso lo mucho que habían trabajado y la pasión que tenían por la obra, pero les reclamó el haber abandonado el primer amor (**Apocalipsis 2:4**).

Les pidió que recordaran cómo habían comenzado, que pensarán cuándo fue que comenzaron a deslizar su enfoque. Que se preguntaran: ¿En qué momento lo habían dejado como el centro de su devoción? Les dijo que cambiaran su manera de pensar y que volvieran al primer amor, porque de lo contrario les quitaría la lámpara. Es decir, les apagaría las luces, y todo lo que alguna vez habían recibido como revelación, solo les sería como recuerdo de los viejos buenos

tiempos, pero nunca como la plataforma para lo nuevo de Dios.

Algunos cristianos, al igual que los fariseos o que Juan el Bautista, podrán cumplir con algún propósito menor en el plan general de Dios. Pero solo los verdaderos adoradores, aquellos que son como niños humildes, avanzarán como precursores de la verdad, probablemente siendo criticados por atreverse a lo nuevo de Dios, pero saldrán de la zona de estancamiento, la zona en la que seguirán habitando algunos, bajo la frustración de la sequía espiritual y con una atrofiada visión del presente y del futuro del Reino.

Dios nos ayude a ser de los verdaderos adoradores, aquellos que no guardan falsas lealtades con nada, ni con nadie. Mucho menos con el pasado. Aquellos que solo desean más de Dios y que no les importa romper vínculos, sistemas o tradiciones, con tal de recibir una revelación mayor del Reino de Dios y poder avanzar en victoria.

***“Me has guiado según tu consejo,  
Y después me recibirás en gloria.  
¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti?  
Y fuera de ti nada deseo en la tierra”.***  
Salmo 73:24 y 25



## Capítulo seis

# VIDA ESPIRITUAL O FALSAS LEALTADES

*“Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.*

*Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?*

*Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”.*

Juan 3:1 al 6

Todo lo que sabemos de Nicodemo en la Biblia proviene del evangelio de Juan. Se le describe como un fariseo y maestro de la Ley. Los fariseos eran un grupo de

judíos que surgió alrededor del año 150 a.C., y se caracterizaron por ser una de las ramas más conservadoras del judaísmo. Este celo por la Ley los llevó a oponerse constantemente a las enseñanzas de Jesús.

Muchas veces, Jesús los reprendió enérgicamente por su legalismo (**Mateo 23:22**). Los eruditos sostienen que Nicodemo no solo era un maestro de prestigio, sino también un líder de esta facción extremista dentro del judaísmo, conclusión que se deriva de su participación en el sanedrín, el cuerpo gobernante de los judíos (**Juan 7:50 y 51**).

Nicodemo se acercó a Jesús de noche, lo que ha generado especulaciones acerca de si temía a sus compañeros o, al menos, sentía vergüenza de ser visto conversando con Él. De todos modos, Nicodemo deseaba interrogar a Jesús de manera personal, más allá de su posición en el consejo gobernante judío.

En su conversación, Jesús desorientó a Nicodemo desde el principio, diciéndole que, para ver el Reino de Dios, era necesario nacer de nuevo. Al notar la incredulidad de Nicodemo, Jesús le hizo una pregunta algo irónica: “*¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?*” (Juan 3:10).

Tras dejar claro el punto, Jesús le explicó con más detalle lo que significaba nacer de nuevo espiritualmente, no carnalmente. Esto era algo que Nicodemo no podía comprender en ese momento. La gracia del nuevo nacimiento

solo se haría efectiva a partir de la muerte y resurrección de Jesucristo, cuando el Nuevo Pacto entrara en vigencia.

Sin embargo, lo que sí logró esta enseñanza fue confrontar a Nicodemo con un concepto completamente diferente al que él conocía. La justicia propia, basada en las obras, era el fundamento de la vida de los fariseos; sin embargo, el Reino de Dios se encuentra en una dimensión donde esas obras no son suficientes.

Los fariseos se creían justos por su manera de vivir, pero Jesús les dejó en claro que la carne, por naturaleza, nunca puede agradar a Dios. La carne solo tiene visión natural, pero carece de una perspectiva espiritual. Puede realizar algunas obras, pero no puede dar frutos de justicia.

El Reino de Dios es espiritual, y solo puede ser percibido y vivido a través de la comunión espiritual con el Señor. Los fariseos creían que veían, pero en realidad eran ciegos y guías de ciegos. Ellos pensaban que, a través de sus obras, el reino de Israel sería restaurado, pero lo que Jesús estaba haciendo era algo completamente distinto, y su obra se consumaría en la cruz del Calvario.

Nicodemo quedó profundamente impactado por todo lo que Jesús le dijo. Por ello, cuando vuelve a aparecer en el relato bíblico, lo vemos actuar en su rol oficial como miembro del sanedrín, durante la discusión sobre qué hacer con Jesús. En **Juan 7**, algunos fariseos y sacerdotes enviaron

a alguaciles del templo para arrestar a Jesús, pero fracasaron en su intento (**Juan 7:32 al 52**).

En ese momento, los alguaciles fueron reprendidos por los fariseos en autoridad, pero Nicodemo expresó su opinión, sugiriendo que Jesús no debía ser rechazado ni condenado sin antes haber tenido la oportunidad de defenderse.

*“¿Acaso nuestra ley juzga a un hombre sin primero escucharle y saber lo que ha hecho?”*

Juan 7:51

Cuando Nicodemo hizo esta observación, el resto del concilio lo rechazó de manera grosera, pues ya habían tomado la decisión de actuar contra Jesús. La comunidad de los religiosos judíos estaba entrelazada por falsas lealtades, ya que así opera la religiosidad. Las ideas impuestas no requieren consenso, solo obediencia radical, aunque en ocasiones esté marcada por la hipocresía.

Esto es lo que ocurre cuando una enseñanza religiosa es promovida por un liderazgo manipulador y controlador, que impone conductas sin fomentar el pensamiento. Esa es una de las características fundamentales de la religiosidad: no forma discípulos mediante la luz ni cultiva la comprensión de sus principios, sino que impone ideas sazonadas con amenazas condenatorias que solo buscan manipular para lograr sumisión.

La distorsión de las verdades solo puede generar falsas lealtades. La comunidad religiosa judía, al igual que otras religiones, ha manifestado, y sigue manifestando hasta nuestros días, un gran celo por sus creencias. Este celo puede ser muy noble y respetable cuando se expresa de corazón, pero se convierte en algo perverso cuando es impulsado por falsas lealtades impuestas por la propia comunidad.

De ninguna manera estoy juzgando estos comportamientos, ya que no soy quién para hacerlo. Jesús sí lo hizo, y es esa autoridad la que me habilita para comentarlo. Jesús dijo de los líderes: ***“Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas”*** (Mateo 23:4). ***“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros”*** (Mateo 23:15).

La religión está basada en falsas lealtades, y esto es precisamente lo que el Reino de Dios procura evitar. Por eso, Jesús planteó la necesidad de nacer de nuevo para ver, entender y vivir el Reino. La vida de Cristo nos otorga luz (**Juan 1:4**), y esa luz nos permite ver, entender y actuar con una honestidad genuina, nacida del querer divino impartido por el Espíritu del Señor, y no de simples acuerdos mentales.

***“Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no solo en mi presencia, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y***

*temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”.*

Filipenses 2:12 y 13

Como maestro de la palabra, no deseo enseñar a las personas lo que deben hacer; quiero impartirles sabiduría. Mi objetivo es enseñarles a pensar, no a obedecer sin entendimiento. Además, les enseñé que sin la unción operando en sus vidas, no habrá más que falsas lealtades.

Los religiosos manipulan, intimidan y amenazan porque buscan resultados. Nosotros, quienes pretendemos ser líderes del Reino, buscamos entregar palabras ungidas para que el Espíritu Santo otorgue revelación a corazones dispuestos. Eso es verdaderamente poderoso y aceptado por el Señor.

Los discípulos de Jesús le fueron leales durante tres años; prometieron seguirle hasta la muerte. Todos juraron lealtad en la última cena, pero cuando llegaron los romanos, todos huyeron y negaron su vínculo con Él, porque las lealtades sin revelación se quiebran bajo las presiones.

Sin embargo, cuando los discípulos recibieron la vida espiritual (**Juan 20:22**), y fueron llenos del Espíritu en Pentecostés (**Hechos 2**), caminaron en fidelidad hasta el último día de sus vidas, incluso cuando el Pastor se perdió entre las nubes del cielo y los dejó con la misión de evangelizar, aun a costa del martirio.

Las falsas lealtades se quiebran con las presiones del pecado, de las aflicciones o de los afanes, pero la revelación produce fruto al ciento por uno y genera perseverancia hasta el último día (**Mateo 13:1 al 9**). En el Reino, todo procede de la vida, y cuando no hay vida espiritual, no es del Reino. La religión, en cambio, está compuesta solo de obras muertas, por eso es necesario romper esas lealtades.

La pregunta que debemos hacernos es: ¿se pueden romper esas lealtades religiosas? Claro que sí. Un ejemplo es el mismo Nicodemo, a quien volvemos a ver en **Juan 19**, después de la crucifixión de Jesús. En este caso, lo vemos ayudando a José de Arimatea en la sepultura de Jesús.

De hecho, José de Arimatea es un ejemplo del rompimiento de falsas lealtades. No solo se le describe como un hombre rico, sino como un miembro del concilio judío (**Lucas 23:50 y 51**), lo que podría haberlo hecho sucumbir a las presiones de sus pares. Sin embargo, José de Arimatea fue un hombre justo y no consintió en el acuerdo ni en los actos de los religiosos respecto a Jesús.

En **Juan 19:38**, vemos a José como un discípulo de Jesús, aunque en secreto, porque temía a los judíos. José pidió a Pilatos el cuerpo de Jesús, y Nicodemo trajo 75 libras de especias para preparar el cuerpo para el entierro. Luego ayudó a José a envolverlo y colocarlo en la tumba. La enorme cantidad de especias para el entierro sugiere que Nicodemo era un hombre de muchos recursos y que tenía un gran respeto por Jesús.

La Biblia no especifica si Nicodemo recibió la gracia de la regeneración, pero los eruditos sugieren que sí, ya que algunos registros históricos lo confirman. Es posible que Nicodemo, al igual que José de Arimatea, haya sido un verdadero discípulo de Jesús, alguien que pudo ver y entrar a la verdadera vida del Reino.

Otro ejemplo de que sí se pueden romper las lealtades religiosas es Saulo de Tarso. Sin duda alguna, la conversión de Pablo es la más famosa de todas las conversiones en la historia de la Iglesia, y Lucas quedó tan impresionado con ella que la narró tres veces (**Hechos 9:1 al 22; 22:6 al 16; 26:12 al 18**). Estas repeticiones son especialmente llamativas si consideramos que Lucas era un escritor preciso.

Pero, ¿qué hizo que un hombre como Saulo de Tarso, que odiaba el nombre de Jesús y perseguía y mataba a los cristianos, no solo se convirtiera en uno de ellos, sino que también se convirtiera en el mayor propagador del cristianismo? La única respuesta válida es que la revelación sobrenatural de Jesucristo provocó una regeneración que lo transformó por completo. Saulo recibió la vida que produce luz, y esa luz rompió las falsas lealtades religiosas.

Se puede estar honestamente equivocado como Saulo de Tarso, pero después de la revelación, no se puede seguir equivocado, porque la luz nos saca de la ignorancia. De lo contrario, lo que no se puede es ser honesto, y eso es lo que les ocurre a quienes deciden permanecer en falsas lealtades.

Saulo fue un perseguidor de la iglesia y se convirtió en el brazo ejecutor de los sumos sacerdotes en su causa contra los cristianos. Es cierto que los motivos de los gobernantes eran en gran parte políticos, mientras que los de Saulo eran religiosos. Sin embargo, ambos coincidían en que la causa de Jesús de Nazaret debía ser erradicada de este mundo.

Uno de sus hechos más conocidos fue su persecución a Esteban, a quien consideraban un promotor del cristianismo y, por lo tanto, una seria amenaza contra el glorioso monoteísmo del judaísmo. Esteban, como todos los cristianos, atribuía honores divinos a Jesús de Nazaret. Saulo lo había escuchado predicar y no le quedó duda de que el cristianismo apartaba a los judíos de la centralidad del templo y del judaísmo oficial. Así que decidió terminar con Esteban, quien murió siendo el primer mártir del cristianismo.

Pero Saulo no se conformó con esto. En su celo purificador, persiguió a todos los cristianos y, aún más, decidió que el sumo sacerdote debía ejercer su derecho de extradición contra los fugitivos. Por ello, pidió *“cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que, si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén”* (Hechos 9:1-2).

La conversión siempre es consecuencia de una iniciativa divina. El Señor inició el encuentro que terminó con la conversión de Saulo de Tarso, y él no tuvo reparos en admitir que no hizo nada que lo hiciera merecedor de la salvación. Por el contrario, en sus propias palabras, afirmó

ser el peor de los pecadores (**1 Timoteo 1:15**). Nadie puede jactarse de la salvación como algo que haya logrado por sí mismo ni de lo que sea merecedor (**Efesios 2:9**).

La religión es el movimiento generado por los hombres hacia Dios, pero el evangelio del Reino, comienza con la gracia soberana y va de Dios a los hombres. Las falsas lealtades están entre los hombres, pero no pueden prevalecer en el Reino. La religión es la suma de las obras muertas, pero el Reino es la expresión de la vida divina.

Ahora bien, ¿qué ocurre con los que ya son cristianos? ¿Pueden caer en falsas lealtades religiosas? ¿Acaso no todos tienen la vida, siendo la vida la luz de los hombres? Sí, todo cristiano ciertamente tiene la vida de Dios, y si no la tiene, es porque no es de Él (**Romanos 8:9**). Hay algunos que pueden congregarse y practicar la religión, pero Dios sabe quiénes son suyos (**2 Timoteo 2:19**).

Sin embargo, dentro de la Iglesia, existen personas religiosas que incluso predicán que la conversión es el resultado de la decisión humana. A partir de ahí, todo lo que enseñan es lo que los hombres deben hacer para agradar a Dios, para producir bendición y generar resultados. Estos no predicán el Reino, sino que intentan gobernar a sus hermanos mediante la intimidación, la manipulación y las amenazas. Al final, pueden llegar a obtener muchas lealtades, pero son falsas. Eso es la religiosidad.

Cuando estas personas se encumbran en el liderazgo, viven y predicán religión. Son legalistas que, al igual que los judaizantes, ponen cargas en la gente que ni ellos mismos pueden llevar (**Mateo 23:4**). Buscan controlar todo lo que ocurre en la Iglesia, pero no se conforman con eso. Trascienden los límites de su autoridad, controlando la vida de las personas, e incluso a sus familias.

Juzgan a otros, cuestionan, califican, prohíben, controlan, se creen jefes y dueños de la Iglesia. Estos son peores que el mismo diablo, porque ocupan posiciones de autoridad y hacen todo en el nombre del Señor, pero impiden todos los movimientos que el Espíritu Santo pretenda.

Generalmente, a estos personajes les gusta pertenecer al gobierno de sus instituciones y trabajan por sostener lo que Dios mismo pretende derribar. Desde sus cargos, procuran controlar a sus consiervos. Crean falsas lealtades con sus pares, y sus rígidas posturas generan perversos movimientos de intolerancia y hostilidad espiritual.

Solo la vida espiritual puede otorgar la luz suficiente como para comprender a cabalidad la fealdad de la religiosidad y las falsas lealtades. Pero solo la humildad y la entrega total generan el coraje espiritual para cambios determinantes. Es ciertamente triste que cristianos con vida y con luz, terminen apagando sus lámparas por causa de las falsas lealtades con sus pares, o con las rancias autoridades institucionales que procuran imponerse.

Tristemente, hasta nuestros días prevalece una forma sutil de control que violenta al Reino y que pretende robar al Señor Su corona de Rey, ganada en la cruz del Calvario. Torciendo la Palabra, intentan mostrarlo como un segundo Moisés, imponiendo cargas en lugar de quitarlas, ofreciendo piedras en lugar de gracia, diciéndole a la gente que debe hacer cosas para Dios, en lugar de hacerles comprender el privilegio de que sea Él quien haga cosas a través de nosotros para glorificarse.

***“Con Cristo he sido crucificado, y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No hago nula la gracia de Dios, porque si la justicia viene por medio de la ley, entonces Cristo murió en vano”***

Gálatas 2:20 y 21



## Capítulo siete

# FALSAS IDEAS FALSAS LEALTADES

*“Si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad, está envanecido, nada sabe, y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas, disputas necias de hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia; apártate de los tales”.*

1 Timoteo 6:3 al 5

Desde el inicio mismo de la Iglesia, las interpretaciones del evangelio han sido el centro de grandes controversias. Las ideas humanas capaces de forzar o crear líneas doctrinales han producido un gran mal del cual aún no logramos librarnos completamente. Las posiciones de liderazgo ocupadas por hombres religiosos, carentes de vida espiritual o sin revelación, han causado mucho daño.

La palabra “doctrina” significa “enseñanza” o “instrucción”. Es un conjunto de “ideas” o creencias que se enseñan o se creen como ciertas. La doctrina bíblica se refiere a las enseñanzas que se alinean con la palabra revelada a través de la Biblia, que es la Palabra de Dios.

Cuando una de estas enseñanzas desvirtúa, anula o contradice la esencia misma del mensaje divino, es considerada como una falsa doctrina. Tristemente, a lo largo de la historia han surgido incontables doctrinas erróneas que han causado incalculables daños.

Desde el primer siglo de la Iglesia vemos filtraciones de falsas doctrinas. De hecho, en varias de las cartas apostólicas se señala el grave problema de las falsas doctrinas. Por ejemplo, el apóstol Pablo escribió: ***“Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo”*** (Gálatas 1:6 y 7).

La Iglesia del primer siglo estaba llena del Espíritu Santo, funcionaba en todos los dones, pero padeció los embates de los religiosos judíos, que, aun estando convertidos, insistían para que los cristianos guardaran al menos parte de la Ley. Pablo tuvo que lidiar muchas veces con estos religiosos que infectaron a muchos y lograron falsas lealtades, como por ejemplo la de Pedro, quien, estando lleno del Espíritu y sanando a las personas con su

sombra, cayó en las influencias de los judaizantes. Veamos lo que hizo Pablo cuando vio eso:

***“Cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?”***

Gálatas 2:11 al 14

Pablo fue un apóstol fundamentado en el evangelio del Reino y siempre hizo gran hincapié en la importancia de la gracia. Sin embargo, en este caso, dice que lo que Pedro hacía era de condenar. Esas palabras son tremendas, porque son dichas por un apóstol juzgando a otro apóstol por falsas lealtades con los religiosos.

Notemos que mientras Pedro estaba solo con el resto de los hermanos, sabía cómo desenvolverse, era normal y comía con ellos en plena comunión espiritual. Pero cuando llegaban algunos religiosos, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. ¿Qué es eso, sino falsas lealtades? Pedro no estaba honestamente equivocado, sino que no estaba siendo honesto, porque él conocía la verdad.

Cuando alguien actúa de una manera ante algunas personas y luego cambia su actitud solo porque llegaron otros, es porque tiene falsas lealtades capaces de hacerlo cambiar para no ofender, por temor, por sacar provecho, o por no ser cuestionado. Las falsas lealtades nos hacen falsos ante Dios y, tristemente, hoy en día hay muchos cristianos que las padecen.

Esto no solo pasa en las cuestiones más simples de la Iglesia, sino también en las altas esferas de autoridad. Muchos hermanos condicionados por las ideas de su pastor guardan ciertas apariencias, aunque no estén de acuerdo. Si no podemos ser iguales ante el pastor que en su ausencia, estamos padeciendo falsas lealtades, que lógicamente nos convierten en hipócritas. No importa si lo que tenemos son buenas intenciones para no ofender, igualmente es hipocresía.

Recuerdo la fiesta de cumpleaños de una hermana que congregaba con nosotros. Fuimos invitados con mi esposa y, en verdad, la fiesta estuvo muy linda. Pero ya cerca de medianoche, le dije a mi esposa que sería bueno irnos porque al otro día teníamos actividad. Nos levantamos, nos despedimos de todos y nos fuimos. A los pocos metros fuera del salón, escuché que el volumen de la música había cambiado de golpe, por lo cual me volví y miré por una ventana.

Para mi sorpresa, la hermana del cumpleaños, sus familiares y varios hermanos ya estaban en la pista de baile

moviéndose alegremente. Con mi esposa nos comenzamos a reír y debo decir que nos pareció muy feo que estuvieran esperando que nos fuéramos para actuar así. Primeramente porque nosotros no nos metemos en esas cosas (**Colosenses 2:20 al 23**), y en segundo lugar porque es evidente que estaban esperando que nos fuéramos para sacar el cotillón y mover las caderas con libertad.

Estas actitudes graciosas, casi insignificantes que solemos ver en algunos hermanos, también se replican entre las autoridades de la Iglesia. Por supuesto, una cosa es abstenernos de lo que puede ofender al otro y otra muy distinta es actuar con hipocresía. De hecho, las simples conductas no son peligrosas. El problema surge cuando esas lealtades se producen en las altas esferas de liderazgo institucional o denominacional.

Conozco algunos ministros que no están de acuerdo con la línea de enseñanza que sostiene su denominación, pero ante ellos guardan lealtad y se comportan como si estuvieran de acuerdo en todo. Personalmente, creo que se necesita coraje para generar cambios basados en la honestidad revelacional, porque guardar apariencias por intereses termina siendo sencillamente diabólico.

Cuando somos ministros maduros, no tenemos excusa para permanecer ignorantes de la verdad, porque tenemos el consejo de Dios disponible a través de las Escrituras y la revelación que el Espíritu Santo puede proporcionarnos (**Juan 16:13**). Cuando conocemos la palabra de Dios y

buscamos en la intimidad el entendimiento espiritual, ya no debemos actuar como niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que, para engañar, emplean con astucia las artimañas del error (**Efesios 4:14**).

Por otra parte, es importante que sepamos diferenciar entre las falsas doctrinas que producen peligrosas falsas lealtades, y los desacuerdos que podamos tener respecto de algunas doctrinas periféricas, que hacen necesaria la tolerancia por causa de la unidad demandada por el mismo Señor.

Diferentes grupos congregacionales suelen ver temas secundarios de manera diferente. Estas diferencias no siempre son debido a falsas doctrinas por parte de alguien. Las políticas de la iglesia, decisiones de los líderes o el estilo de realizar liturgias de culto suelen generar diferencias que, sin separarnos, pueden estar abiertas a discusión, ya que no se tratan directamente de problemas escriturales.

Las diferencias en la interpretación o en la práctica de alguna costumbre o liturgia, no califican necesariamente como falsas doctrinas, ni tampoco deberían dividir el cuerpo de Cristo (**1 Corintios 1:10**), pero tampoco deberían generar falsas lealtades. Es decir, una cosa es que nos respetemos con honestidad y otra muy diferente es que un pastor obligue a su gente a seguir ciertas costumbres de su denominación, aun cuando él mismo no esté de acuerdo con ellas.

Conozco a un pastor que cree en las manifestaciones del Espíritu Santo, cree en una Iglesia apostólica y profética, cree en el evangelio del Reino, pero su institución no está de acuerdo con la esencia de nada de eso. Este pastor, que es un hermoso siervo de Dios, que desea servir a Dios con honestidad, se ve comprometido a sostener falsas lealtades para no perder su ministerio y la obra que pastorea.

Algunas de estas instituciones suelen demandar lealtades, para lo cual amenazan a los pastores con quitarles las propiedades edificadas por los propios hermanos. Amenazan con quitarles los anexos abiertos e incluso el reconocimiento ministerial que alguna vez les otorgaron.

Esto es muy perverso y, en muchos casos, lo han terminado ejecutando. Pero déjenme decirles que al final, todo lo que caerá es lo institucional. Si seguimos acercándonos a los tiempos finales sin despertar a los cambios que debemos asumir, la Iglesia será sacudida por el mismo Señor, y todos los que entorpecen la dinámica espiritual de la Iglesia serán removidos, porque es necesaria una Iglesia libre, que se manifieste sin las limitaciones de las estructuras de control religioso. Gobernada por el Espíritu Santo, pero libre del gobierno humano.

Hoy en día hay demasiados líderes que procuran imponer sus ideas sin escuchar a otros ministros. La intolerancia genera la ausencia de sanos debates. Sería muy sano y liberador que los líderes de la iglesia actual encontráramos ámbitos de intercambio de ideas, no para

imponer o convencer, sino para que juntos podamos ir en busca de la revelación correcta.

Debemos asumir que todos, de una forma u otra, hemos sido improntados y discipulados con una manera de ver y entender el evangelio. Puede que respetemos esas ideas y que consideremos que fuimos afortunados por haber nacido, o por haber llegado a una iglesia determinada donde nos enseñaron, pero eso no implica que el cien por ciento de lo que nos enseñaron haya sido correcto.

Algunos, de niños, fueron llevados por sus padres a la iglesia que ellos eligieron, y nada garantiza que ese lugar o esa línea doctrinal haya sido la correcta. Otros fuimos invitados, luego de nuestra conversión, a una iglesia donde amigos o familiares se congregaban, y puede que nos hayamos sentido bien en ese lugar, que ahí hayamos crecido en conocimiento e incluso hayamos sido levantados como ministros, pero eso tampoco implica que dicha congregación nos enseñó todo lo correcto.

Cuando yo recibí la gracia de la salvación, mi familia se estaba congregando en una filial de la Asociación Asamblea de Dios. Yo no elegí ese lugar porque su doctrina fuera la mejor, no tenía idea de nada, nunca había leído la Biblia y no entendía nada. ¿Cómo podría haber elegido lo correcto? No había forma, simplemente caí allí porque me invitaron, pero podría haber ido a otra denominación cuyas ideas hubieran sido absolutamente diferentes.

Cuando comenzamos a escuchar y nos enseñan de la Biblia, no cuestionamos nada, porque creemos que los pastores o los líderes encargados de tal función nos están diciendo lo correcto. Cuando maduramos espiritualmente, puede que seamos nosotros los que comenzamos a enseñar a otros y, por supuesto, enseñaremos lo mismo que aprendimos alguna vez. Sin embargo, si somos sinceros, y aunque respetemos mucho a quienes nos enseñaron, deberíamos preguntarnos: ¿Todo lo que sabemos y creemos está bien?

Al final, de la misma forma que nos ocurre en lo natural, todos somos privilegiados o víctimas de la crianza y la cultura con la que fuimos criados. En la Iglesia es lo mismo; puede que seamos privilegiados de haber caído en una congregación o denominación que nos enseñó la mayoría de las cosas correctamente, pero también es posible que seamos víctimas de ideas o doctrinas erróneas.

Perdónenme que les hable ahora de algunas vivencias personales, pero sé que pueden ser de ayuda para algunos colegas: El primer pastor que tuve fue una bendición para mí en esos días, porque me dio las primeras enseñanzas y viví lindas experiencias en esa congregación. De hecho, fue quien me reconoció rápidamente como evangelista y me hizo ver que tenía un importante llamado ministerial. Sin embargo, con el tiempo comprendí que en algunas cosas se había desviado de la verdad y, aunque me gustaba esa congregación, tuve que irme, porque de quedarme, sería cómplice de sus ideas erróneas.

Éramos varios ministros al servicio de esa congregación, y en ese tiempo algunos se quedaron, pero al final, sufrieron mayores perjuicios. Recuerdo que algunos ancianos hablaban conmigo y coincidían en los errores que se estaban cometiendo, pero sostuvieron falsas lealtades para no irse, y al final, terminaron muy heridos. Esto no lo hicieron por irresponsables, sino por temor, porque tenían miedo de quedar como rebeldes.

Generalizar nunca ha traído justicia a la enseñanza, por eso cuando se dice que si un hermano se va de una congregación es un rebelde, solo se está manipulando la consciencia, porque eso puede no ser verdad. Es cierto que algunos se van sin tener que irse, pero otros deben huir de lugares donde los están intimidando para controlarlos. La enseñanza de que todos los que se van están mal, solo está forzando falsas lealtades.

En esa época no me fui de la institución, sino que cambié de ciudad y de congregación, pero continué bajo la misma cobertura institucional. En el transcurso de mi vida ministerial, vi muchas cosas en la Asamblea que no compartí en absoluto, pero ninguna me afectó lo suficientemente fuerte como para pensar en salirme.

No sé si caí en falsas lealtades o si fui demasiado tolerante, el Señor sabrá juzgar mis actitudes justamente. No sé si perdí tiempo o si aprendí quedándome varios años en la institución. Lo cierto es que hoy ya soy un hombre mayor,

que no tiene tanto tiempo por delante como para soportar falsas lealtades.

Hoy no tengo que quedar bien con nadie, ni tengo tiempo para esperar que los líderes de la institución vean y actúen conforme a la voluntad de Dios. Además, como les dije anteriormente, si la Iglesia pretende entrar en los últimos tiempos de manera dinámica y efectiva, todas las estructuras institucionales tienen que caer. Hay que devolverle el gobierno de la Iglesia al Espíritu Santo, y que Él haga lo que realmente desea.

Si me preguntan, creo que toda etapa y proceso de la Iglesia ha tenido el permiso divino, porque Él es el Soberano, y si no quiere que algo ocurra, no ocurrirá. Él es la cabeza de la Iglesia y siempre lo ha sido. Pensar que Él perdió su gobierno en algún momento es de ignorantes. Dios es Dios, y todo lo que ha querido ha hecho (**Salmos 115:3**). Sin embargo, Su voluntad permisiva no es Su aprobación total y siempre habrá un límite para Sus habilitaciones. Cuando hablo de devolverle el gobierno al Espíritu Santo no es porque Él lo haya perdido, sino porque algunos violentan Su gobierno y en Su misericordia Él advierte y espera.

La Iglesia de los primeros siglos sufrió varias infiltraciones y Dios las permitió. La formación y las perversas estructuras creadas por el catolicismo de Roma han sido vergonzosas y serán juzgadas. Las vertientes producidas por la gran reforma también sufrieron con la mano de los hombres, y muchas de ellas han circulado hasta nuestros días,

pero se viene una purificación de la Iglesia como nunca antes, porque el Señor está cerca y no hay tiempo para tolerar las falsas lealtades.

Debemos devolverle el gobierno de la Iglesia al Espíritu Santo, y quienes tengan que enfrentar un costo por esto no deben temer, porque Dios recompensará a quienes son fieles a Su voluntad. El Reino está presionando con amor, espero que podamos reaccionar poniendo nuestras coronas a Sus pies y que no solo permitamos, sino que roguemos que Dios haga lo que Él desee con Su Iglesia preciosa.

Por último, la Biblia no lo dice, pero si me permiten tomarme una licencia, creo que, ante la actitud de Pedro, el apóstol Pablo debe haber dicho: *“No tengo tiempo para esperar que Pedro cambie. Yo no discuto su unción, pero no voy a respaldar sus hipocresías. Reconozco que Pedro llegó antes que yo, pero si más que revelación tiene compromisos con los religiosos, no puedo trabajar con él. Seguramente, de alguna manera, Dios lo seguirá usando porque Pedro es un ungido de Dios, y yo prefiero conservar mi comunión espiritual con él, aunque no estemos trabajando en el mismo lugar, porque al final todos pertenecemos al Reino de Dios, y así lo mandó el Señor...”*

No sé si Pablo pensó algo así, o si en realidad, deseaba expresarlo yo. Pablo no pudo trabajar junto con Pedro, pero nunca lo atacó de ninguna manera. Creo que ambos se respetaron, y ciertamente yo también respeto a mis consiervos y los amo como hermanos. No tenemos que estar

todos juntos haciendo determinadas actividades todo el tiempo, pero podemos estar unidos en la perfecta comunión espiritual, y cada tanto juntarnos de forma unánime.

Es verdad que siento cierta indignación cuando veo la condición del mundo y la actitud de una Iglesia que no deja de atacarse a sí misma, y que desde un sector del liderazgo, se niega la unidad espiritual, impidiendo el gobierno absoluto del Espíritu Santo. Pero sigo trabajando con la ilusión de ver una Iglesia tolerante y unida en el vínculo de la paz.

Dios nos ayude a ser una generación capaz de doblegarse con humildad, rompiendo falsas lealtades humanas, y rindiéndonos a los pies de nuestro amado Rey. Ruego que todos los líderes que trabajan para consolidar el gobierno de las instituciones se replanteen el control que procuran ejercer. Asimismo, ruego que los apóstoles y profetas de este tiempo no procuren crear sus propias instituciones, sus propios reinos, donde hablan contra la religiosidad, pero terminan controlando todo.

Hubo varios ministros que, en las décadas de los ochenta y noventa, se atrevieron a romper con muchas estructuras, y fue muy bueno lo que hicieron, pero, lamentablemente, se empoderaron y, al final, terminaron levantando ellos sus propias instituciones. Antes los pastores eran controlados por sus denominaciones, ahora por el apóstol que procura imponer sus formas.

La paternidad y el apostolado no son para obtener súbditos y controlarlos a placer, generando falsas lealtades. La exigencia de honra y obediencia es tan rancia como las anteriores, pero con diferentes nombres. Ruego que todos podamos poner los pequeños reinos a los pies del Señor, ejerciendo nuestros roles de autoridad, pero no para controlar y sacar provecho, sino para que todos podamos servir a Dios y glorificar Su nombre.

Podemos ejercer nuestra autoridad para servir a nuestros hermanos, tal como hizo Jesús, no para enseñorearnos de ellos, sino para ayudarlos a consolidar y ejercer sus llamados. El que quiera hacerse grande debe ser primeramente servidor de todos, y el que quiera ser el primero debe servir a los demás, tal como hizo Jesús, quien no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos (**Mateo 20:26 al 28**).

Se puede ejercer autoridad efectiva sin manipulación, sin intimidación ni amenazas. Se puede ejercer autoridad sin crear falsas lealtades. Todos debemos evitar lo falso y trabajar en el Reino con honestidad espiritual. Todos debemos inclinarnos ante el Rey y entregar nuestras coronas a Sus pies, tal como hicieron los veinticuatro ancianos ante el Trono, diciendo: *“Señor, digno eres de recibir la gloria, la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas”* (Apocalipsis 4:10 y 11).

Todos los ministros debemos recordar de dónde nos sacó el Señor, debemos recordar cómo estábamos y cómo éramos antes de estudiar teología, antes de predicar algunos sermones, y antes de que nos ordenaran al ministerio. Debemos recordar, al igual que Pablo, que no éramos dignos, que solo fue Su gracia la que nos levantó. Ahora inclinémonos ante el Rey y con humildad entreguemos todo para que Él haga lo que bien considere, y sea exaltado Su poder.

No guardemos falsas lealtades hacia nuestras autoridades, que todo lo que hagamos con ellos pueda ser en honestidad. No guardemos falsas lealtades con nuestros pares, que la comunión que tengamos con todos, sea espiritual y verdadera. No generemos falsas lealtades en aquellos que debemos servir imponiendo autoridad. Toda falsedad debe salir de nuestras vidas y de la Iglesia del Señor, entonces el Reino usará nuestra libertad para la expresión de Su poder, y entraremos a un nuevo tiempo.



# RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## Pastor y maestro

*Oswaldo Rebolleda*



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

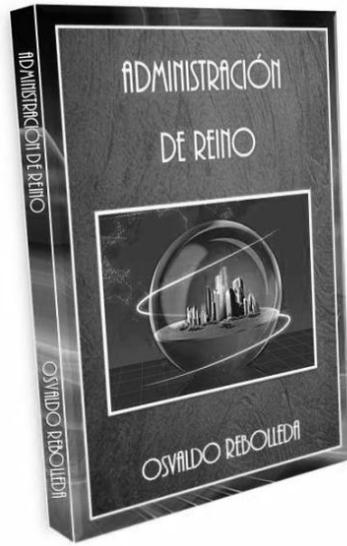
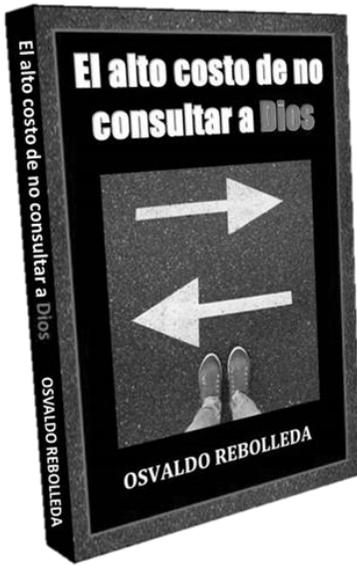
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de  
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

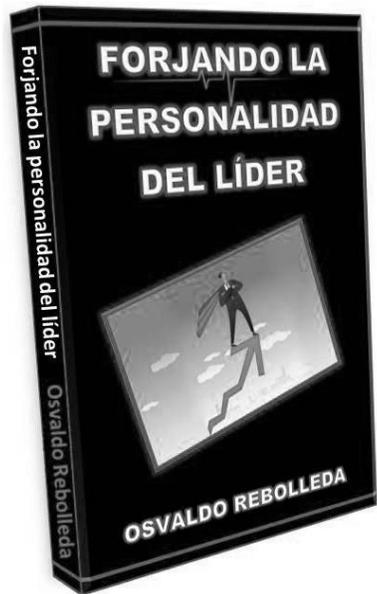
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina  
Y hasta lo último de la tierra.

[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



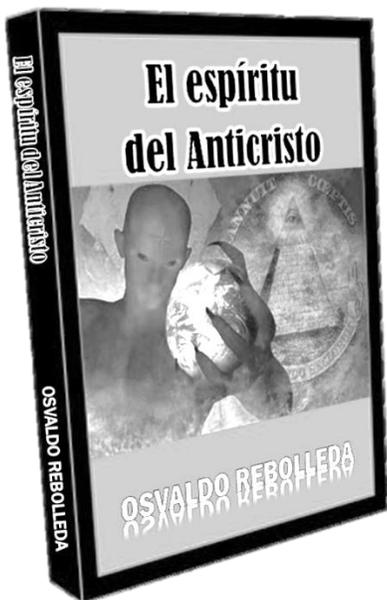
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



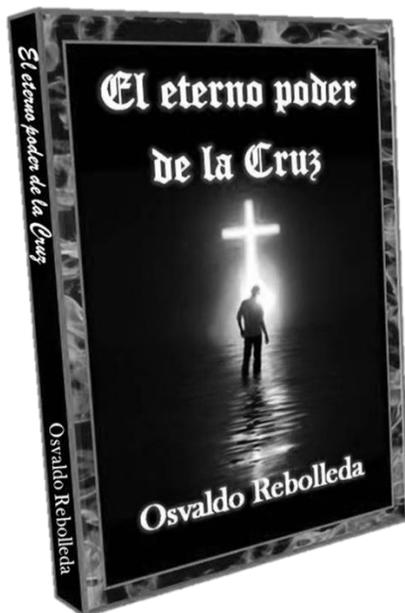
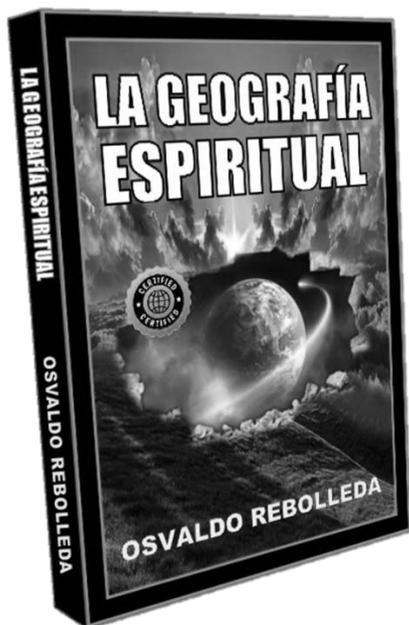


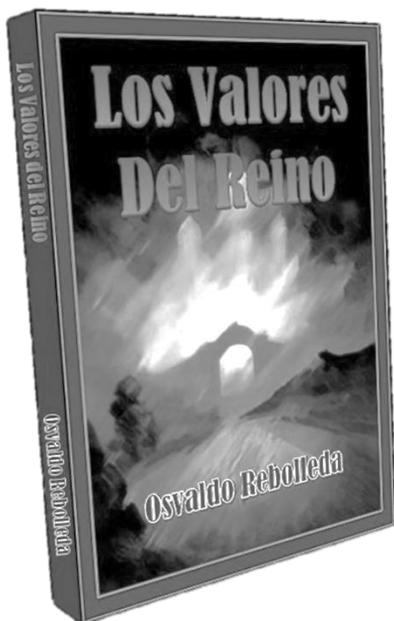
[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

